

ROBERT BADEN-POWELL



Tropiezos de la vida y cómo encararlos

Life's Snags and How to Meet Them

1927

EDICIÓN REVISADA

Tropiezos de la vida y cómo encararlos

(Life's Snags and How to Meet Them)

ROBERT BADEN-POWELL

Tropiezos de la vida y cómo encararlos. (Life's Snags and How to Meet Them)

© 1927 Robert Baden-Powell

Texto original de Robert Baden-Powell, de dominio público. Traducción al castellano difundida por siemprescout.org y reproducida con permiso (traductor y edición de origen en la «Nota sobre esta edición»). Reedición digital revisada (2026): corrección ortográfica y gramatical, lenguaje actualizado al español de España, sin ilustraciones.

Primera edición: 1927

Índice

Nota sobre esta edición	7
Nota sobre el contexto histórico	9
Presentación	11
Prefacio	15
¿Por qué?	17
1. Tus verdaderos motivos en la vida	19
2. De los que se aprovechan de los jóvenes	25
3. La voluntad es la cuestión	31
4. Pórtate como un hombre	37
5. Arriesgarse	41
6. Vigila tus hábitos	47
7. Desarreglo	53
8. El espíritu del lunes	59
9. Manda en tu mente	65
10. Los grandes de corazón y los quisquillosos	71
11. Enseña la belleza	77
12. Propinas	83

13. Equipos felices 89

14. Siguiendo pistas 95

15. La escalada como educación 101

16. Éxito 107

17. Agarrarse a lo propuesto 111

18. Vivir hasta los 120 años 117

Nota sobre esta edición



TROPIEZOS DE LA VIDA Y CÓMO ENCARARLOS ES LA VERSIÓN EN castellano de *Life's Snags and How to Meet Them*, de Lord Baden-Powell of Gilwell, fundador del Movimiento Scout, publicado por primera vez en 1927. La traducción es de Fernando Soto-Hay y García, S. J., con la colaboración de Guadalupe Molina de López. La primera edición en castellano, de enero de 1993, corrió a cargo de la Dirección Nacional de Publicaciones de la Asociación de Scouts de México, A. C. Esta reedición digital corrige la ortografía y la gramática, actualiza el lenguaje al español de España y conserva las ilustraciones originales, sin cambiar el contenido.



Dibujo de la portada original del libro

Nota sobre el contexto histórico



ESTE LIBRO SE ESCRIBIÓ HACE CASI UN SIGLO, EN TIEMPOS DEL Imperio británico, y refleja las ideas, el lenguaje y los valores de su época. Algunos pasajes contienen expresiones y opiniones sobre otros pueblos, razas y culturas que hoy consideramos racistas o coloniales; hablan de la caza, la guerra, la violencia o los castigos con una naturalidad que hoy no compartimos; presentan una visión de los papeles de hombres y mujeres, de la religión o de la sexualidad propia de entonces, o recogen consejos de salud y de primeros auxilios que la medicina actual desaconseja.

Esos pasajes se han conservado tal como están, sin suprimirlos ni suavizarlos, porque forman parte del documento histórico y ayudan a entender cómo nació el Escultismo y cuánto ha cambiado desde entonces. Mantenerlos no significa compartirlos. Los consejos prácticos de seguridad, salud y primeros auxilios no deben seguirse sin contrastarlos con las recomendaciones actuales.

Si este libro lo leen niños o jóvenes, conviene que lo hagan acompañados de un adulto que pueda comentar con ellos esos pasajes.

Presentación



LA PRIMERA EDICIÓN DE ESTE LIBRO DATA DE 1927 Y, POR LO que he podido averiguar, se reeditó al menos en 1928, 1930, 1936 y 1939. Eso demuestra el éxito que tuvo, aunque no es uno de los libros de Baden-Powell que tratan de lo que hoy llamamos Programa Scout.

El libro que el Fundador publicó justo antes fue *Roverismo hacia el éxito*, en 1922; entre uno y otro no hay ninguno más. En esos años, Baden-Powell escribió artículos en el *Daily Express*, uno de los periódicos de mayor tirada del Reino Unido en aquella época, y en este libro reúne los mejores.

¿Qué hizo B.-P. en los años que separan ambas publicaciones? ¿Por qué un escritor tan fecundo no escribió otros libros, o al menos algunos folletos? Podemos decir que fueron años de mucho trabajo y de actividades muy variadas.

Como el Escultismo crecía en todo el mundo, se vio obligado a dejar la dirección de la Oficina Internacional y nombró a Hubert Martin para hacerse cargo de ella (*N. del T.: en aquellos días no se usaba la palabra «Mundial» para los organismos de ese nivel, sino «Internacional»*). Se dedicó a preparar la segunda Conferencia Internacional, celebrada en Par

ís, en la que se aprobó la Constitución Internacional y se creó el primer Comité Internacional, así como otras conferencias también internacionales. A todo ello hay que sumar un buen número de viajes por todo el mundo para promover el Escultismo y visitar a los scouts allí donde ya estaban establecidos.

Además, tuvo que ocuparse de otras tareas en beneficio de todas las asociaciones repartidas por los cinco continentes, lo que le obligó a dejar incluso la dirección del Campo de Gilwell en manos del coronel John Wilson. Y había que preparar los distintos Jamborees, organizarlos y asistir a ellos, tanto los nacionales para los scouts del Imperio británico como los internacionales (*N. del T.: Baden-Powell tenía el doble título de Jefe Scout del Imperio británico y del Mundo, y debía asumir las tareas propias de ambos cargos*). Y así podríamos seguir con la multitud de actividades que llevó a cabo esos años en favor del Escultismo, que iba dejando de ser un movimiento propio del Reino Unido para convertirse en un Movimiento que llegaba a más países y a más muchachos a lo largo y ancho del mundo.

Con tanto ir y venir, contestando cartas —oficiales unas, personales la mayoría—, resolviendo dudas, visitando Grupos, animando a unos y corrigiendo a otros, supervisando las actividades de aquellos en quienes había delegado y ayudando a que el Escultismo se difundiera cada vez más, no encontró tiempo para sentarse con calma a escribir un libro. Pero no se olvidó de los muchachos, para quienes trabajaba, y siguió escribiendo con regularidad pequeños artículos en el periódico citado.

Esos artículos suelen responder a problemas que le planteaban, problemas comunes y no particulares de una persona. Por eso, además de contestarlos en cartas personales, prefería responderlos también en público, para ayudar a otros que tuvieran el mismo problema. Por esta razón,

esos artículos pueden considerarse una continuación de los consejos que dio a los jóvenes en *Roverismo hacia el éxito*.

Debido a la forma en que se escribió este libro, los capítulos no siguen un orden lógico: B.-P. no pretendió presentarlos de un modo sistemático. Pero esa forma de escribir facilita la lectura, porque el libro puede leerse en el orden en que se presenta o bien por capítulos sueltos, según las circunstancias que nos vaya presentando la vida.

Además, estos consejos que nuestro Fundador da a los muchachos en edad Rover no solo valían para la juventud de aquella época, tan distinta de la actual, sino que siguen siendo válidos hoy. No es, pues, un libro que deba leerse como una obra histórica sobre la juventud de otros tiempos, sino como una obra de actualidad para la juventud de finales del siglo XX.

Este libro es otro de los muchos escritos de Lord Baden-Powell que, por causas que ignoro, por desgracia no se habían traducido al castellano. Mi buen amigo William Hillcourt, quizá el mayor conocedor de la vida y la mentalidad de B.-P. en nuestros días, me ayudó a descubrir muchos de estos textos que solo se publicaron en inglés y me animó a darlos a conocer a los muchachos de hoy. Gracias a él ve ahora la luz esta edición en castellano, aunque con algunos años de retraso.

El Escultismo tiene que adaptarse al mundo de hoy, pero sin perder su espíritu. Leer estos libros de Baden-Powell nos permite conocer lo que pensaba sobre distintas cuestiones, y eso que pensaba es lo que debemos adaptar a las circunstancias actuales, preguntándonos: ¿qué habría hecho nuestro Fundador aquí y ahora?

Traducirlo no fue fácil. A veces el estilo de B.-P. es demasiado coloquial, y siempre demasiado británico, de corte victoriano. Aun así, como ya he dicho, siempre tiene un mensaje para la juventud de hoy.

Para esta traducción conté con la valiosa colaboración de la señora Guadalupe Molina de López, que no solo domina el inglés, sino que además es antigua lobatera y, por tanto, conoce nuestro Movimiento.

Es mi deber dar las gracias a ambos, porque solo así ha sido posible editar este libro. Todos los que hemos participado en la preparación de esta edición esperamos que sirva a la juventud de hoy, no solo en México, sino en los demás países de habla castellana.

Fernando Soto-Hay y García, S.J.

Prefacio



«La vida no será fácil para quienes empiezan a vivirla o para quienes entran en la edad adulta».

Esa es la opinión de más de una autoridad, tal como la expresó hace poco el señor Stanley Baldwin.

Parece una advertencia bastante razonable. El futuro de nuestra nación, y sin duda el del mundo entero, aparece lleno de incertidumbres y peligros y, por eso mismo, de oportunidades: oportunidades gloriosas para los jóvenes capaces de imaginar el futuro y adueñarse de él.

Sin embargo, la tendencia de la educación —sin contar la enseñanza escolar, que puede clasificarse aparte— es enseñar al joven a obsesionarse con su propio interés y a buscar el asiento más cómodo, en lugar de ir tras el bien y afrontar los riesgos y sacrificios necesarios para conseguirlo.

Mi libro anterior, *Roverismo hacia el éxito*, quería ayudar a los jóvenes con algunas sugerencias. El resultado superó mis esperanzas: recibí montones de cartas de lectores agradecidos, tanto jóvenes como padres de familia, que me pedían más consejos.

Por eso he ido ofreciendo mis ideas de vez en cuando en el *Daily Express* y en otros periódicos. Respondiendo a muchas peticiones, publico

ahora una selección de ellas con la sincera esperanza de que algunas resulten útiles.

La ilustración de la portada original tiene un significado. Quiere subrayar que mi único deseo es echar el lazo a los jóvenes —porque creo en la nueva generación— para formar un equipo nacional de ciudadanos dignos de confianza.

El comienzo que los Rover Scouts han hecho en ese sentido da sobrados motivos para esperar un desarrollo feliz, aunque la meta parezca todavía lejana.

Quiero insistirte, joven, en que te des cuenta de que el país te necesita. Necesita hombres de hoy con altas miras, y no hombres que solo buscan placer y amontonar dinero. Ante ti se abre una oportunidad gloriosa de traer paz y prosperidad mediante la buena voluntad y la cooperación.

Si tienes el espíritu adecuado, está en tu mano ayudar a que crezcan esas bendiciones, no solo en nuestro país, sino en todo el mundo, en lugar de la inquietud y la infelicidad que hoy causan la envidia y el miedo.

B.-P.

¿Por qué?



*B*ORDES PLATEADOS

«Si Inglaterra es fiel a sí misma».

¿Bordes plateados en la nube? ¿Ves alguno? Yo, desde luego, sí.

Veo una gran promesa y una gran esperanza para el futuro del país, siempre que «INGLATERRA SEA FIEL A SÍ MISMA».

Es decir, siempre que el grueso de nuestros hombres sepa mirar más allá de sus narices, que es donde está el éxito. Gran Bretaña ha sufrido más que otros países por la Gran Guerra (*N. del T.: la Primera Guerra Mundial*), porque hemos perdido un tesoro que no podremos recuperar: no solo dinero, sino la flor de nuestra juventud. Con el león herido, los chaques intentan adueñarse de la juventud que nos queda, formada por los hombres que no fueron aptos para el servicio y por los jóvenes cuya educación trastornó la guerra.

Pero el carácter británico sigue vivo en ellos y, si resisten los ataques de esos tentadores, la nación saldrá adelante hacia la prosperidad y el éxito. Todavía sobrevive el buen tipo del trabajador británico, fumador de pipa y de pensamiento pausado, firme en su trabajo y en su manera de pensar.

Hay buenas señales de que los trabajadores ya no se dejan llevar como borregos, sino que empiezan a ver por sí mismos que, con la huelga de brazos caídos y las huelgas que han traído los enemigos de nuestro país, se ha perdido comercio y el paro se ha vuelto crónico. En cambio, si produjéramos A UN COSTE MODERADO, podríamos dominar el mercado mundial.

Acabo de estar en los Estados Unidos, donde sufren de exceso de prosperidad: los salarios son tan altos que sus productos se están volviendo demasiado caros para venderse fuera del país. Ahí es donde podemos entrar nosotros, en cuanto nuestros industriales, empleados y patronos sepan ver la oportunidad. Para ello hace falta amplitud de miras y pensar en el bien de los compañeros, de las esposas y de los hijos; en otras palabras, en el bien del país. Hace falta pensar las cosas por uno mismo y no dejarse guiar por el primer orador barato que se escuche.

Ahora hay señales alentadoras, en casi todas partes, de que nuestros hombres empiezan a actuar así.

¡Otro borde plateado! Últimamente, igual que hace muchos años, me he asomado a muchos rincones del Imperio. Algunos de nuestros políticos piensan que es un desperdicio que nuestros trabajadores se vayan allí. ¡No pueden haber estado nunca en esos lugares! Son tierras de promisión que necesitan hombres, comparadas con nuestra pequeña isla congestionada, con su millón y medio de parados y su flujo incesante de extranjeros que aumenta todavía más la congestión. ¡Y todos esos países de ultramar desean productos que este país puede proporcionarles! Hay bordes plateados de sobra que anuncian la luz del sol, en cuanto se pongan en juego la buena voluntad y la cooperación entre todas las clases.

1. Tus verdaderos motivos en la vida



«Aquel que, con cuerpo fuerte y mente dócil, entrega sus poderes mortales al trabajo digno, sin buscar ganancia, ¡oh, Arjuna!, ese es honorable... Quien se abstiene de ayudar a que giren las ruedas de este gran mundo, cultivando la ociosidad de los sentidos, vive una vida inútil, vergonzosa y vana».

Bhagavad-gita (N. del T.: libro sagrado de la India)

Cuando viví entre los zulúes, hace algunos años, era costumbre que todo muchacho que se acercaba a la edad adulta fuera enviado a la selva para vivir solo y valerse por sí mismo durante un mes.

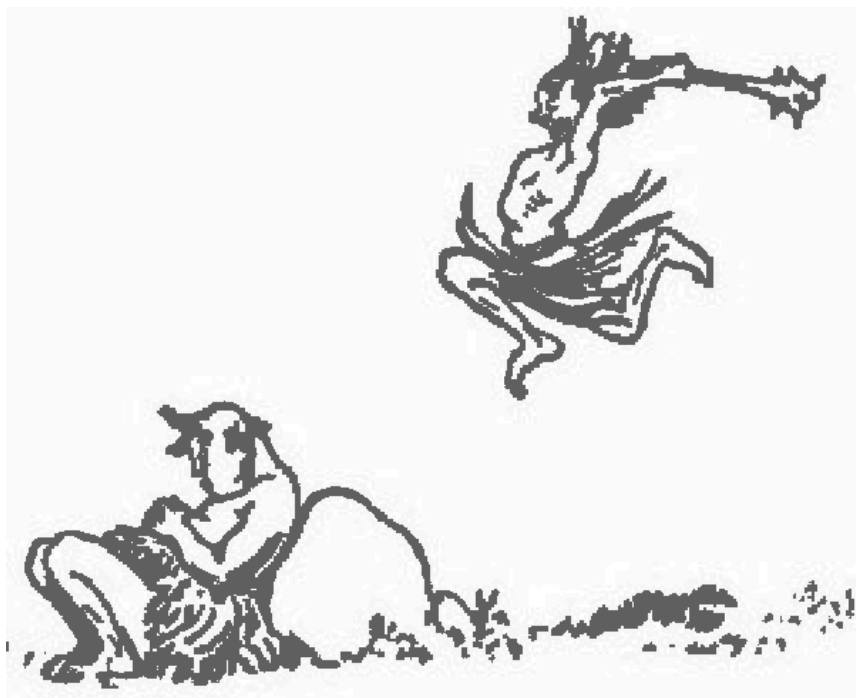
La prueba se parecía a las de los espartanos o al rito medieval por el que un escudero era armado caballero. En esa ceremonia, el joven candidato superaba pruebas físicas de su destreza con las armas, seguidas de lo más importante: un examen de conciencia y la consagración religiosa de sí mismo al servicio de Dios y del prójimo. El baño significaba su decisión de librarse de los pecados y debilidades del pasado; el ayuno, con buena comida delante, significaba la renuncia a las tentaciones de la carne. Y antes de hacer la promesa final de dar la vida, si fuera necesario, al servicio de

Dios, pasaba la noche entera en vela, examinando su conciencia y rezando, pensando en lo que iba a ser su relación con la vida y con la religión.

Era un momento trascendental e impresionante, un punto de inflexión en su vida que, por lo general, marcaba su carácter y su conducta posterior.

Viejo remedio para los que no hacen nada

Es una gran pena que hoy nuestra educación no incluya algún ejercicio de reflexión para el muchacho antes de darle por preparado para salir al mundo: una especie de vela en la que, a partir de unas cuantas ideas principales, pudiera pensar por sí mismo qué va a hacer con su vida, en lugar de dejarse arrastrar sin ninguna opinión propia. No es algo imposible ni una idea vana.



Viejo remedio para los que no hacen nada

El hombre que no hace planes no progresa en la vida. La vida dura relativamente poco y se acaba pronto. Siendo así, ¿qué vas a hacer para sacarle el máximo partido? ¿Cuál es el verdadero motivo que impulsará tus actos?

Cuando el joven corriente empieza a hacer planes, suele pensar en cómo divertirse y ganar dinero. Si es un poco más serio, mira hacia delante y piensa qué clase de empleo aceptar: no quizá el mejor pagado al principio, pero sí el que tenga mejores perspectivas; o qué carrera estudiar para llegar con el tiempo a una posición de poder y autoridad. En algunos casos raros, llegará a pensar qué carrera es la adecuada para él, en lugar de

cuál le conviene. Así, en nueve de cada diez casos, tiende a pensar en lo que quiere sacar de la vida para sí mismo, en lugar de en lo que él va a aportar a ella. Cuando hace eso, demuestra que todavía no ha adquirido una visión justa de las cosas.

Ganar dinero es, dentro de ciertos límites, un objetivo legítimo: tenemos el deber, hacia los demás, de ser independientes y no convertirnos en una carga.

Para ganar perspectiva, conviene que al principio de la vida cambies de punto de vista e imagines lo que serás y qué cosas te parecerán valiosas cuando vuelvas la vista atrás y repases los años que has vivido y lo que has hecho con ellos: si los malgastaste en tonterías o si les sacaste el mejor partido. En nuestra propia experiencia y en la historia abundan los casos de quienes, en su último suspiro, han murmurado con gran satisfacción: «Pase lo que pase, he hecho lo que he podido; he tratado de cumplir con mi deber».

Como dijo el viejo capitán John Smith, de Virginia: «No venimos al mundo para nosotros mismos, sino para hacer el bien a los demás». Y en eso hay mucha verdad. Hemos venido para dar, no para recibir.

Así es. Ante todo hombre se abren dos caminos: el yo y el servicio. Tienes que elegir por ti mismo cuál será tu verdadero motivo. El yo es más cómodo; el servicio exige sacrificios. Pero, si lo analizas, vivir para ti significa ser esclavo de un patrón o de tu ambición, de donde nacen la envidia y el descontento; en cambio, en el servicio eres libre de expresar, es decir, de dar, tu amor. Y lo curioso es que, cuanto más das, más recibes.

Pero el servicio exige sacrificios. Por eso el joven debe estar preparado: dispuesto a sacrificar sus sueños de riqueza, a valorar los placeres en su justa medida y a tirarlos por la borda si son frívolos o le apartan de su camino. Si un muchacho no es capaz de sacrificarse, no debería llamarse hombre; si no sabe hacerlo de buena gana, no merece contarse como

digno hijo de quienes lucharon y cayeron en la guerra. Pero si lo hace para expresar su amor, puede estar seguro de que la vida será para él un bien muy feliz y verdadero.

Estas son algunas de las ideas, entre otras, que conviene sugerir al joven para que piense por sí mismo cuáles son sus verdaderos motivos.

Y hay otra consideración: el egoísmo nunca construyó una nación. En cambio, el sentido del servicio en sus ciudadanos ha construido muchas. Desde luego, hizo de nuestro país lo que es.

El sentido de servirnos unos a otros, en nuestro país y en nuestra situación, ha quedado grabado en nuestro carácter nacional. La guerra lo demostró. Asegurémonos de que la próxima generación lo herede, y recordemos que la mejor manera de enseñar es con el ejemplo.

Un primo mío cuenta que en Siam oyó a un rajá que había viajado mucho discutir con su sacerdote budista sobre las cualidades de los británicos. El rajá dijo: «Lo que ha hecho de esa nación lo que es, es su doctrina del servicio. ¿Cómo era? Ah, sí, era esta: obra bien, ayuda a tus semejantes. Sé útil. Haz algo, como sea... Y me gusta la doctrina que dice que lo único que cuenta en la vida de un hombre es: “¿Qué ha hecho? ¿Ha sido útil?”. Si no lo ha sido, mejor estaría con la cabeza cortada por el *dah* del verdugo» (*N. del T.: el dah era la espada usada en Siam para las ejecuciones*).

Yo digo amén a eso.

2. De los que se aprovechan de los jóvenes



«¿Quieres entrar en mi salón?», dijo la araña a la mosca».

Es asombroso lo educada y amable que suele ser la gente cuando quiere algo de ti. Hoy he recibido una de las cartas más corteses que me han escrito nunca. Venía de un barrio elegante de Londres y el sobre estaba escrito con una letra nada comercial. El autor expresaba su cordial deseo, aunque todavía no nos conocíamos, de ayudarme en caso de que necesitara dinero. Al parecer, tenía mucho dinero y no sabía en qué emplearlo, y consideraría un verdadero privilegio prestarme cualquier suma entre diez y mil libras.

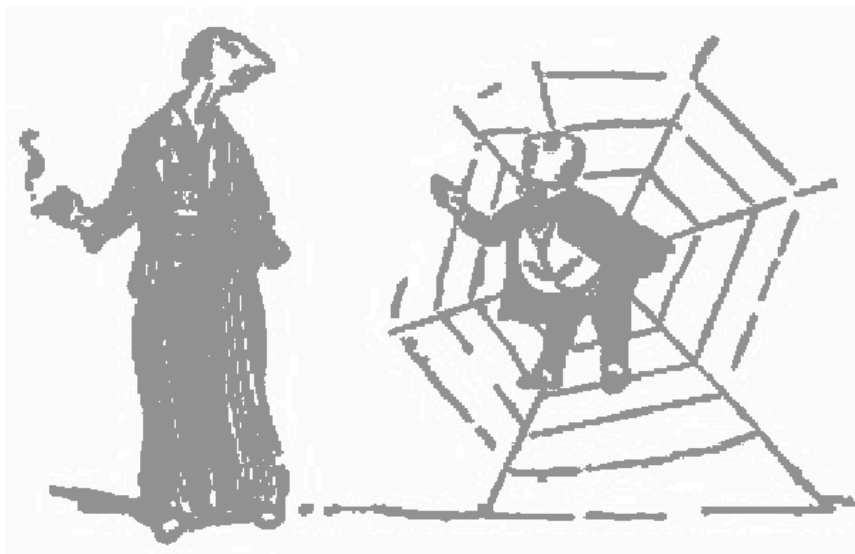
Pues bien, ese individuo lleva años escribiéndome con cartas parecidas. Por suerte, hasta ahora no he necesitado su ayuda, aunque Dios sabe cuántas veces lo he deseado. Me río un poco y la carta acaba en la papelera.

Pero, pensándolo bien, no habría podido seguir en el negocio todos estos años si nadie hubiera caído en su trampa. Tiene que haber muchos incautos atrapados en sus redes. Sería cómico, si no fuera también trágico, ver lo deprisa que cambiaba el tono de sus cartas cuando vencía el plazo del préstamo, y verlo al final de la operación, con la mosca bien metida en

la telaraña, exigiendo que le devolvieran su dinero con intereses y usándolo sin piedad, como si fuera una pistola apuntando a la cabeza de la víctima. Con mucha frecuencia, esto lleva al pobre incauto a ponerse de verdad una pistola en la cabeza.

¿No quieres entrar en mi salón?

Sí, los jóvenes que empiezan a vivir están, como dije en *Roverismo hacia el éxito*, «llenos de energía, pero faltos de experiencia». En todos los ámbitos de la vida son una presa legítima a ojos de quienes se aprovechan de ellos, y caen con demasiada facilidad en las trampas que les tienden por todas partes. En mis tiempos, solo se trataba de esquivar los peligros normales del camino. Pero hoy los muchachos lo tienen más difícil, porque las trampas están disfrazadas y colocadas a propósito en su camino para atraparlos.



¿No quieres entrar en mi salón?

En los últimos años, sobre todo desde la guerra, ha crecido el número de buitres que se aprovechan de los jóvenes. La educación apenas los prepara para esto ni para ninguna otra dificultad que encuentren en la vida. Esa clase de advertencia no entra en las «tres erres» de la enseñanza (*N. del T.: en inglés, Reading, Writing and Arithmetic**, es decir, lectura, escritura y aritmética; al pronunciarlas, las tres palabras empiezan por el sonido «r»)*.

Muchos padres y hermanos mayores que podrían aconsejarlos murieron en la guerra; otros nunca han tenido que enfrentarse a esto y no saben educar a sus chicos.

Sin nadie que los avise, los aprovechados han encontrado el campo libre y una gran oportunidad.

Se inflan los premios de los combates de boxeo, de los partidos de fútbol y de las carreras, y se anuncian a bombo y platillo en la prensa para atraer multitudes, mientras los apostadores, a su vez, explotan la inexperiencia de los jóvenes aficionados. También los atrapan los clubes nocturnos y los aventureros de la política, y los prestamistas los persiguen ofreciéndoles el dinero que necesitan para seguir adelante. Contra todo esto no hay ninguna formación específica en hombría ni en carácter. Se deja que los jóvenes aprendan por su cuenta y que naden o se hundan según les vaya: una enseñanza dura en la que muchos se pierden. Lo asombroso es que una parte tan grande de ellos llegue al nivel que alcanza. Que lo logren dice mucho del carácter nacional, y es una gran promesa de lo que podría hacerse cuando un verdadero sistema educativo los ayude.

Pero la nación necesita a estos jóvenes. El tiempo vuela. Hemos perdido la flor de nuestra juventud en la guerra y la nación está casi al borde del abismo en exportaciones y comercio; por eso hacen mucha falta jóvenes británicos verdaderamente equilibrados como ciudadanos, tanto para el país como para nuestra Commonwealth de ultramar. Como nación, no podemos permitirnos desperdiciar a una sola persona dejándola vagar sin rumbo. Y aunque no intentáramos salvar a estos muchachos por nuestro país, por lo menos está en nuestra mano hacer algo por estos prójimos jóvenes. La naturaleza da buen material, pero el trato humano lo convierte en desecho por culpa de una mala organización y de una educación equivocada.

Estos fallos tienen remedio, y se remediarán cuando la educación se proponga formar el carácter y le dé al menos tanta importancia como a los logros escolares; cuando desarrolle la responsabilidad personal por la salud y el vigor, y el respeto por el cuerpo que el Creador nos ha prestado para un gran fin en el orden de la naturaleza; cuando fomente los trabajos manuales, la habilidad técnica y el ingenio del joven; y cuando encauce las

cualidades de cada uno hacia la expresión práctica de la buena voluntad y del servicio a los demás miembros de la comunidad.

Pero el joven tiene que afrontar todavía otras dificultades cuyo remedio no depende de la formación escolar. Están las artimañas de los extremistas, ya sean políticos, religiosos o artísticos; las malas compañías, las mujeres... Sin duda, muchos escollos ante él. Pero hay un antídoto prácticamente infalible que siempre le ayudará: EL CARÁCTER, que es la cualidad esencial que acaba por vencerlos a todos. Este carácter es difícil de desarrollar en un muchacho entre las paredes de la escuela. Por bueno que sea el sistema, no puede enseñarse en clase: tiene que desarrollarlo cada cual expresándose por sí mismo. Ahí entra el campo de juego. Los campos de juego de Eton, a los que Wellington atribuyó la victoria de Waterloo, son un ejemplo típico de tantos campos de juego que fueron escuela de grandes carreras.

Lo que cuenta es el ambiente y la enseñanza fuera de las aulas.

En mi caso, encontré algo todavía mejor que los campos de juego.

Querido lector, no sé cuál habrá sido tu experiencia, pero, en lo que a mí respecta, en la escuela me enseñaron pocas cosas prácticas para la vida en comparación con lo que aprendí en los campos de juego. Allí nos limaban las aristas, encontrábamos nuestro sitio y ganábamos un poco de carácter. Y aunque los juegos no duraron mucho, tuvieron valor en aquella etapa de preparación y sus lecciones fueron válidas.

Pero donde más aprendí fue en el bosque que rodeaba la escuela. Lo que aprendí en la espesura fue a la vez una preparación y un anhelo que ha seguido conmigo hasta hoy.

La naturaleza me atraía, y lo que aprendí de ella por mí mismo no se me ha olvidado. Más aún: fue más allá del desarrollo de la salud del cuerpo y de la mente, y me ayudó, siendo joven, a encontrar mi alma. Fue de

osas, y quedarme inmóvil para observarlos, me convirtió en compañero de la naturaleza en lugar de intruso. Me hizo comprender las maravillas que nos rodean y, al abrirme los ojos, me reveló también la belleza de los bosques y de las puestas de sol. Más tarde, las excursiones a campo abierto me descubrieron la riqueza de la naturaleza, y las reliquias históricas y la huella del hombre en los caminos me hicieron ver cómo se relaciona con ella la condición humana.

Hice viajes por mar y escalé montañas, lo que confirmó las lecciones del bosque y me llevó después a apreciar, en el océano y en las nieves perpetuas, las cosas buenas que el Creador ha puesto para nuestro disfrute en toda una gama de lugares salvajes.

Pero, aunque muchas cosas como estas pueden darte en conjunto una sensación de eficacia y de capacidad para disfrutar más de la vida, la conciencia te dirá que todavía les falta algo para estar completas. Ese algo lo encontrarás al poner esa eficacia al servicio del prójimo y al repartir algo de tu alegría para alegrar a los demás.

Así pues, la educación no debe conformarse con enseñar al joven a no caer en las trampas o a ganarse el sustento, sino, lo que es más importante, a vivir: a apreciar las maravillas del mundo en que vivimos; a contribuir, practicando la buena voluntad y la cooperación, a la prosperidad y la felicidad del país y a la paz y el entendimiento en el mundo; y a participar de una felicidad que vale más que toda la riqueza, el poder o la posición que puedan dar el éxito.

3. La voluntad es la cuestión



«Para hacer cualquier cosa en la vida debes tener fuerza de voluntad; si no, no la harás».

Pon un tablón en el suelo y camina sobre él. Es facilísimo. Ahora coloca ese mismo tablón cruzando una calle, del tejado de una casa al de enfrente, y camina sobre él. «No, que me puedo caer». Esa es la voz de la imaginación: «¡No puedes! ¡Si tropiezas, te harás papilla contra el pavimento!».



¡Si tienes voluntad, puedes hacerlo!

¿No es una cuestión de temperamento y de entrenamiento personal? Un albañil, un montañero o un Blondin (*N. del T.: Blondin fue un famoso equilibrista*) lo cruzaría sin problemas, porque la práctica vencería a la imaginación.

Si un soldado que entra en combate deja volar la imaginación, se verá acribillado a balazos y las piernas lo sacarán de allí. Pero entonces se adelanta su voluntad, ata en corto a la imaginación y lo empuja hacia delante.

Si un hombre descubre que su imaginación es más fuerte que su voluntad, que se tome una pastilla... o, mejor, que desarrolle su fuerza de voluntad para ser un hombre de hecho y no solo de nombre.

Pero la imaginación no es el único enemigo de la voluntad. También lo son la mala salud, la pereza, el pesimismo y la indecisión, el miedo a arriesgarse y la tentación de seguir el camino más fácil. Todos ellos minan la capacidad de decidir. Hay que esquivarlos y evitarlos ejercitando el juicio, el entusiasmo, el valor, la constancia, la fortaleza, la determinación y la resistencia.

Elihu Root me dijo en mayo de 1926: «A mi juicio, lo que más nos hace falta ahora son hombres capaces de tomar decisiones».

¡Si tienes voluntad, puedes hacerlo!

Tienes que proteger tu ego, tu yo, contra esos enemigos y no rendirte ante ellos como hacen muchos, achacándolo a lo que llaman mala suerte. La mala suerte es una compañera cobarde. Se adueñará de ti si le muestras miedo o si crees en ella. Si le plantas cara, le das una patada y le haces un desaire, volverá a la nada.

Hay todavía otro enemigo de la fuerza de voluntad, y es traicionero, porque a veces se presenta como una mala imitación de ella que engaña a la vista. Tú y yo lo hemos visto en mucha gente que presume de fuerza de voluntad cuando en realidad lo único que tiene es OBSTINACIÓN, que no es lo mismo.

Así pues, la voluntad no es una cualidad tan sencilla como parece a primera vista, ni siquiera cuando va reforzada por todos esos atributos.

Como he dicho, todavía debe equilibrarse con cuidado para hacer lo que está bien, lo que es mejor para uno y lo que es justo para los demás. De lo contrario, la voluntad es como un caballo: si dejas que tome el freno entre los dientes, te llevará a la ruina a ti y a otros. Debe obedecer a tu sentido común y a tu dirección. Entonces estás a salvo.

«No hay nada imposible para el hombre de voluntad».

Si tienes la voluntad de llegar, llegarás, por muchos obstáculos que haya. La próxima vez que veas una estatua de San Jorge y el dragón, fíjate bien. Piénsalo y guárdalo en la memoria como inspiración y como recordatorio de que, donde hay voluntad, hay camino.

¿Qué sostuvo a Drake en su asombroso viaje alrededor del mundo? No fue solo su valor y su entusiasmo al afrontar los peligros y las dificultades de lo desconocido. Cuando sus hombres se amotinaron, fue su firme voluntad personal la que lo llevó adelante, a él y también a sus hombres, hacia la aventura y el éxito.

La historia y la experiencia te pueden mostrar montones de ejemplos parecidos. ¿Qué mantuvo a Nelson aferrado a sus barcos, mes tras mes, con mal tiempo y en el más traicionero de los mares, el golfo de León, para que la flota francesa de Tolón no lo derrotara?

Era físicamente frágil, vivía mareado y enfermo, pero tenía algo superior a su debilidad: una voluntad dura e inquebrantable.

¿Qué detuvo el avance de los alemanes hacia Amiens en la Gran Guerra y convirtió la retirada en victoria? Fue la respuesta a la llamada de Lord Haig a luchar con la espalda contra la pared: la voluntad que dijo «Hasta aquí hemos llegado; ni un paso atrás. Desde aquí volvemos a avanzar».

Poco se puede hacer sin decidirse. Para decidirte tienes que usar la cabeza. Para ser un hombre entre los hombres, debes tener voluntad.

El profesor Conklin ha escrito en *Herencia y ambiente* (*Heredity and Environment*): «Uno de los fallos más graves de los sistemas educativos modernos es que dedican mucha atención a entrenar la memoria y el intelecto, y muy poca a entrenar la VOLUNTAD».

En resumen: la voluntad es una cualidad esencial para formar a un hombre de éxito. Puedes tenerla si la quieres; es cuestión de educarte a ti mismo.

El mariscal Foch, el mayor de los comandantes de la Gran Guerra, nos ha revelado el secreto de su éxito. Si te fijas en él, lo aprendes, lo digieres y luego lo pones en práctica, debería servir para llevar a cualquier hombre al éxito, incluso en las tareas más modestas de la vida.

Dice así:

«Cuando tengas una tarea que hacer, piénsala con cuidado. Asegúrate de entender exactamente qué se espera de ti, o qué quieres hacer tú. Luego traza tus planes para llevarla a cabo. Basa esos planes en un razonamiento sólido. Adapta su ejecución a los medios de que dispones. Y, sobre todo, ten VOLUNTAD, la VOLUNTAD inquebrantable, la determinación de llevarlos a cabo hasta el éxito».

«La voluntad es el hombre».

4. Pórtate como un hombre



«Si puedes estar firme cuando a tu alrededor todo el mundo se ofusca y pierde la entereza; si, cuando dudan todos, te fías de tu valor y al mismo tiempo sabes excusar su flaqueza... tuya es la tierra y todos sus codiciados frutos, y, lo que más importa, ¡serás un HOMBRE, hijo mío!».

Kipling

Antes de la Gran Guerra, Lord Kitchener pasó revista a una Tropa de Boy Scouts y llevó consigo a dos héroes japoneses: el general Nogi y el almirante Togo.

Nogi, al dirigirse a los scouts, les contó que de niño había sido enfermizo y retraído, y que le daban miedo muchas cosas que sus compañeros se atrevían a hacer, hasta que un día comprendió que, por el bien de su patria, debía obligarse a hacerlas. Desde entonces, cada vez que se encontraba ante una aventura que le daba miedo o le desagradaba, se obligaba a afrontarla, hasta que se convirtió en un hábito. Así dio la lección práctica e inspiradora de que la hombría es cuestión de educarse a uno mismo.

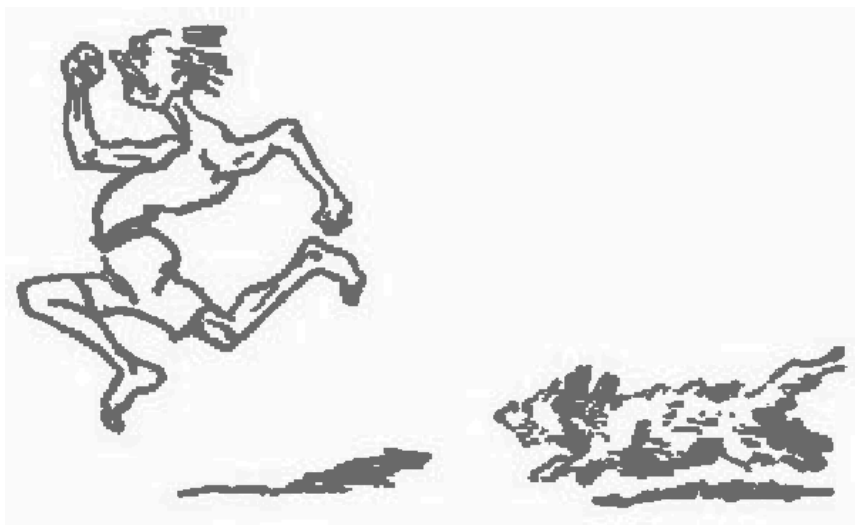
Cuando le pidieron al almirante Togo que hablara, dijo: «Lo que ha dicho el general Nogi lo digo yo también». Y bastó.

Hoy necesitamos más lecciones como estas. Se hace mucha propaganda del lema «La seguridad, ante todo». Nos están enseñando a temer el peligro y a ponernos a salvo.

Recuerdo una crítica a nuestro ejército que me hizo el káiser durante unas maniobras. Señalando a sus tropas, que avanzaban al combate en formación cerrada y sin ponerse a cubierto, me dijo: «Yo enseño a mis hombres a seguir adelante sin hacer caso de las balas, con espíritu de victoria, mientras que en Inglaterra a su ejército le enseñan a cubrirse para evitar bajas. En una palabra, ustedes les enseñan a tener miedo a los proyectiles antes de llegar a la línea de fuego. Si se inculca el miedo físico, puede acabar desarrollándose el miedo moral».

La seguridad, ante todo

Y es verdad que se puede exagerar al enseñar a los jóvenes a cuidar de su propio interés y de su seguridad. Si se exagera, el espíritu de aventura, la iniciativa y la solidaridad con los demás se apagan. Los hombres rehuirán los caminos que no prometan de inmediato un buen sueldo y ascensos seguros. Dudarán antes de hacerse a la mar por miedo a las dificultades. Evitarán correr riesgos de cualquier clase.



La seguridad, ante todo

No sería una buena enseñanza para los jóvenes, ni una buena perspectiva para el país.

El primer ministro ha pedido hace poco que haya un mayor espíritu de servicio entre nuestros jóvenes, mientras que el señor Ramsay MacDonald ha reclamado que nuestra educación desarrolle mejor la hombría. Ambas cosas son necesarias.

El verdadero modelo de hombría lo definieron hace mucho los caballeros de antaño en su código de caballería. En él establecieron que el verdadero hombre era fuerte de cuerpo y valiente de espíritu, de honor intachable, siempre dispuesto a ayudar al débil, a las mujeres y a los niños, y tan devoto de su religión que estaba dispuesto a luchar y a dar la vida por ella.

La dificultad hoy es mantener esos ideales ante nuestros chicos cuando su ambiente es a menudo sórdido y la educación no pasa de un barniz

de conocimientos escolares en los pocos años que exige la ley. El carácter, que es esencial para formar un ciudadano responsable, queda con demasiada frecuencia a merced de lo que cada cual quiera tomar o dejar.

Hay poca instrucción práctica para aprender a comportarse como un hombre. Cualquiera puede encabezar una carga en la batalla si tiene valor suficiente y gusto por la aventura, pero hace falta un hombre de carácter para mantenerse firme y contener el pánico cuando los demás se retiran a toda prisa. Tener la calma necesaria para no perder la cabeza, encontrar la decisión que conviene a todos y actuar en las emergencias sin pensar en uno mismo: esa es la prueba de que alguien se porta como un hombre. Y es una cualidad más necesaria que nunca en nuestra nación, ahora que el exceso de civilización tiende a ablandarnos y a hacernos depender de los demás.

El señor MacDonald ha dicho también que, para hacer un hombre, deben combinarse tres elementos: cuerpo, mente y alma. Lo que hagan los dos primeros debe estar guiado por el tercero, desde un plano espiritual más alto. Aquí nos encontramos con el hecho terrible de que los hombres van cada vez menos a la iglesia. Pero ¿son por eso menos cristianos? Esa es la cuestión. Evidentemente, hay muchos que tienen el espíritu, pero a quienes, como ellos mismos dicen, ya no les atraen «las formas y los dogmas pensados para las necesidades de hace trescientos años».

En resumen, quien rige su vida diaria según el espíritu de su religión y cultiva una mente sana en un cuerpo sano es quien está mejor preparado para ser un buen ciudadano y para comportarse como un hombre.

5. Arriesgarse



«Quien no arriesga, no logra nada».

Chaucer

En el ayuntamiento de Copenhague hay un ascensor automático que nunca se detiene. Pasa despacio por cada piso y los pasajeros suben y bajan mientras se mueve. Para subirte con éxito y llegar al piso que quieres, tienes que «mirar dónde pisas» y hacerlo en el momento justo. Si fallas, puedes caerte o darte con la cabeza contra el marco de la puerta.

Vi a una anciana acercarse, detenerse y observar cómo funcionaba. Dejó pasar una cabina; cuando llegó la siguiente, dio un paso adelante, pero dudó en el último momento. Con la siguiente se adelantó demasiado pronto, y con la otra se quedó demasiado lejos. Lo estuvo intentando durante veinte minutos sin atreverse, hasta que al final se rindió y se marchó. Prefirió la seguridad a correr riesgos, aunque esos riesgos la hubieran llevado al piso de arriba.



La que duda, pierde

que, cuando un scout hace una buena acción, no la va pregonando, aunque su esfuerzo haya sido en vano.

Hace falta prudencia para dar cualquier paso en la vida, porque un paso pequeño puede tener grandes consecuencias en la carrera de un hombre, para bien o para mal.

«De pequeñas bellotas nacen grandes robles». El joven da a menudo grandes pasos por ignorancia o por falta de calma, allí donde un hombre mayor dudaría. Se lanza adonde los ángeles temen pisar.

La que duda, pierde

Sin embargo, hay algunos tropiezos morales que pueden salirle al paso al joven que emprende el camino de la vida, y los mayores que ya han pasado por ahí deben prevenirle.

Si prefiere no hacer caso de esos avisos, puede hacerse daño, si no es que se cae y le va todavía peor. De esos tropiezos ya he hablado en otro libro, cuyos capítulos tratan de las apuestas, el vino, las mujeres, los charlatanes, los engreídos y la irreligión. Además de estos, en la vida hay tropiezos materiales que le llegarán a cada uno, pero que cambian según las circunstancias. No se pueden dar consejos sobre cómo afrontarlos, aparte del consejo general de mirar bien antes de dar cualquier paso. ¿Y qué decir de los AVISOS?

«La seguridad, primero» es un lema importado de América, y parece muy útil inculcarlo en la mente de jóvenes y mayores si queremos que no los atropelle un autobús.

Pero ¿es aplicable, o siquiera deseable, entre los británicos, cuyo carácter los hace capaces de arriesgarse y de cuidarse solos?

Es verdad que tenemos la costumbre de bajarnos de la acera sin mirar, pero no tanto por estupidez como por la convicción de que las calles pert-

enecen a los peatones tanto como a los conductores; y si en consecuencia nos atropellan, moriremos defendiendo nuestro derecho. ¡Así de inglés es esto!

¿Tenían nuestros antepasados la costumbre de mirar dónde pisaban y ponerse a salvo de un salto? No creo que nuestros Drake, nuestros Hawkins y nuestro capitán John Smith estuvieran hechos para buscar la seguridad ante todo, ni tampoco tantos de nuestros pescadores de Terranova o los colonos de nuestra raza que exploraron vastos territorios y se enfrentaron a enemigos salvajes para levantar sus hogares y construir nuestro Imperio en los cuatro rincones del mundo.

Inglaterra sería un lugar muy pobre si hubiéramos heredado la timidez. Sería un desastre indudable para nuestra nación que los jóvenes de hoy perdieran el espíritu tenaz y aventurero y se dejaran alimentar con cuchara y mimar, buscando solo los trabajos fáciles y sin riesgos. Sin duda perderían la sal de la vida y llevarían al país al caos.

Los tímidos y los holgazanes adoptan enseguida «La seguridad, primero» como fetiche o como pantalla. Volvamos la vista a Chaucer, que inspiró a nuestros padres con su lema más poderoso: «Quien nada intenta, nada logra».

Pero los planes para la vida no deben fijarse con demasiada rigidez. Cuando tienes la vista clavada en un camino y te preparas para seguirlo, puede que una mano amiga te dé una palmada en la espalda y te diga: «No, por ahí no; tu camino es el otro».

Al menos esa ha sido mi experiencia. Si escribiera la historia de los principales acontecimientos de mi vida, me inclinaría a titularla *Los bombazos de mi vida*. Casi cada paso ha sido inesperado, sin buscarlo y en una dirección insospechada.

La Policía Sudafricana (*South African Constabulary*) (*N. del T.: cuerpo de policía fronteriza de Sudáfrica fundado por B.-P.*) adoptó como lema,

al seleccionar a su personal, «Siempre listos».

—Siempre listos, ¿para qué?

—Para cualquier cosa —fue la respuesta.

Y desde luego que se les podía aplicar, porque a un agente de aquella policía podían llamarlo para domar un caballo, vacunar a un bebé, construir su propio barracón, explicar la ley a un granjero bóer y a su arrendatario, exterminar langostas, resolver disputas entre nativos, tramitar concesiones mineras, hacer de bombero, soldado o administrador, prestar primeros auxilios, etc.

Y lo que haga, lo hace bien, sencillamente porque cumple con estar siempre listo.

Así es la vida. Estar preparado para cualquier eventualidad significa tener carácter, salud y competencia. Eso solo se consigue desarrollándose uno mismo, y de cada hombre depende prepararse.

Prevé lo peor, pero aspira a lo mejor.

Quien solo quiere la seguridad ante todo correrá la suerte que resume esta frase: «Si no arriesgas, no ganas».

6. Vigila tus hábitos



«Los hábitos empiezan como telarañas y terminan como cables»

MATILDE, NUESTRA CRIADA, SE MARCHÓ. HABÍA COGIDO UN hábito. Me encanta oír cantar a la gente mientras trabaja, pero tuve que decir basta cuando, día tras día y hora tras hora, sonaba el himno «Quédate conmigo» (*Abide with Me*), siempre con las mismas palabras: «Cambio y ruina veo a mi alrededor», «cambio y ruina en todo lo que uso». Ella no pudo cambiar, y su hábito no «se quedó» con nosotros.



Cambio y ruina en todo lo que veo

bufaba al hablar; aquello se le convirtió en hábito, y ahora resulta tan molesta para quien tiene al lado como el que sorbe la sopa.

Tengo un dibujo que hice en un tranvía de Belfast: una muchacha pulcra, de ojos azules, sentada, sin que pegara nada, justo debajo de un cartel que prohibía escupir. El contraste te hace pensar que los seres humanos pueden ser angelicales o bestiales según sus hábitos. De ahí la importancia de vigilarlos.

Muchas veces los hábitos son cuestión de moda: se adoptan sin motivo y luego se quedan como costumbre. Dios nos dio dos manos, y supongo que nueve de cada diez personas no saben escribir ni lavarse los dientes con la izquierda. Usamos solo una por puro hábito. Somos esclavos de la costumbre y no aprovechamos ni la mitad de nuestras capacidades.

Los hábitos crecen dentro de nosotros, y lo que cuenta son sus efectos: los que tienen sobre su dueño y los que tienen sobre los demás. Así, el hábito de comer más de lo necesario, que está muy extendido, solo afecta al que come: lo vuelve obeso, le llena de grasa el corazón y acaba matándolo.

En cambio, el hábito de fumar resulta cómodo para el fumador pero molesto para los demás; a menudo es una grosería, y el fumador es el último en enterarse. Aun así, todos los días ves a hombres que llenan de humo un vagón de no fumadores, y ese humo se queda allí y marea a las señoras y a los viajeros que vienen detrás.

Hablando de fumar y de las ofensas involuntarias, recuerdo que una señora preguntó a un hombre si era de esos que ponían reparos a que una mujer fumara.

—¡Oh, no, en absoluto! —contestó él—. Pero detesto el olor a tabaco rancio que luego se le queda en el pelo, en la ropa y en el aliento.

La siguiente vez que la vi, había dejado de fumar.

Al fin y al cabo, como tantos otros, había cogido el hábito solo por llevar la contraria y por «darse tono».

Cuando un hombre muy joven descubre que puede ser cínico, se cree la mar de ingenioso. Si nadie le da un bofetón a tiempo, aquello se le vuelve un hábito y se convierte en algo despreciable, un cínico, y en algo peligroso, un pesimista.

Hay un brindis antiguo, y no lo llamo antiguo porque se brindara con él en otros tiempos, sino porque su sentido se está quedando anticuado: «Caballos, vino y mujeres».

Bajo el epígrafe de «caballos» entra, como es natural, el hábito de apostar por ellos y por cualquier otra competición; se calcula que en Gran Bretaña se mueven así dos millones al año.

Un señor al que conocí nunca llegó a coger ese hábito, porque nunca superó la primera barrera: la de quedarse con el dinero de otros sin trabajar, aprovechándose de la suerte o de la astucia. Había otras barreras que saltar, como la conciencia de estar siendo codicioso y de malgastar tiempo y talento. Pero esa conciencia, como cualquier otra, se embota con el hábito.

VINO. Buena cosa. Me gusta tanto como a ti, pero, en cuanto empiezas, vigila que no te lleve a la segunda y a la tercera copa, y luego al hábito, que trae sin falta miseria y ruina.

MUJERES. La mayor bendición del hombre en este mundo. Y sin embargo, ¡Dios mío!, cuántas desgracias y cuántas vidas destrozadas por no saber llevar como es debido las relaciones con ellas. El hábito de ir de flor en flor, de jugar con el cariño o tomárselo a la ligera, ha hundido a muchos hombres cada vez más en la bajeza y en la tragedia.

DINERO. En cuanto tienes un poco de dinero, quieres gastarlo, y lo gastas. Gastar se convierte en hábito. Cuando llegas a la edad de la sensatez y quieres poner casa y asentarte para toda la vida, descubres que lo que

podías haber ganado se ha esfumado. Te gustaría haber ahorrado más cuando podías. Pero ya es demasiado tarde.

Un mal hábito es como una muela picada. Si te la sacan, tienes que rellenar el hueco, no solo por el aspecto, sino para poder masticar. Los seres humanos somos egoístas; nos han educado así. En la escuela nos animan a ser los primeros de la clase y a ganar premios y becas compitiendo y rivalizando con los demás. Así cogemos el hábito de fijarnos en lo que podemos conseguir para nosotros mismos.

Ya es hora de sacarnos esa muela picada y poner en su lugar el hábito de fijarnos en lo que podemos dar a los demás.

7. Desarreglo



«Honrarás a tu padre y a tu madre»

HACE POCO FUI CON OTRO CABALLERO A UN CLUB DE BAILE para ver cómo se divertía la gente. Decir que me llevé una desilusión es quedarse corto. Nunca había visto un grupo de muchachos con un aspecto tan endeble: no había entre ellos ni un solo hombre de verdad.

Y las chicas iban medio vestidas: todo era piel, huesos y polvos de la cara.

Supongo que ellos creían que se lo estaban pasando de maravilla. ¿De maravilla? ¡No lo creo! Por la vida y la alegría que había en el local, cualquiera habría dicho que estaban jugando al ajedrez.

No soy mal juez en estas cosas, porque no creo que nadie haya disfrutado más que yo de un buen rato o de un baile alegre en mis tiempos. Pero ni en mis épocas más tranquilas habría podido asistir a una fiesta más desangelada que aquella.

Al cabo de unos minutos, mi amigo exclamó:

—¡Pobres diablos! Y a esto lo llaman ver la vida. No soporto que una chica tan agradable como aquella tenga que bailar con un mequetrefe salt-

arín como el que la acompaña.

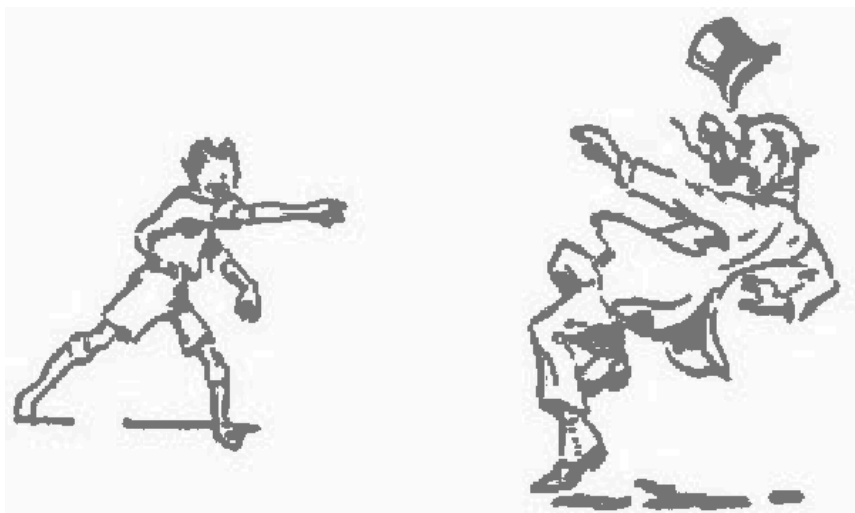
Se acercó a ella y le dijo sin rodeos:

—Creo que esta pieza es nuestra.

La dama se hizo cargo de la situación al instante, y los dos salieron deslizándose a la pista, mientras el joven se quedaba echando chispas, pero sin poder hacer nada.

Dios sabe que no soy un aguafiestas, pero estos espectáculos nocturnos tan podridos, los clubes de baile, los cabarés y los locales de noche, importados de fuera, se han puesto muy de moda desde la guerra y pueden hacer mucho daño a nuestros chicos y chicas. La causa puede atribuirse a la Guerra, que enseñó a nuestros jóvenes la doctrina de la vida corta y alegre, y que además mató a los padres y a los hermanos mayores cuya sana influencia habría corregido los errores de hoy.

Los muchachos más favorecidos, que deberían ser modelo de hombría para sus hermanos menos afortunados, en muchos casos solo les ofrecen un ejemplo sórdido.



Control paterno

Los que están en los peldaños más bajos de la escala social, con una presunción que serían los primeros en negar, siguen al pie de la letra lo que dicta la gente «de la alta sociedad». Gastan en ello su dinero, su tiempo y sus energías, y así no pueden atender sus negocios o sus oficios ni formar un hogar feliz.

Muchos fracasan porque no se dan cuenta de lo que han comprobado los mejores expertos: que la mejor época para ganar dinero es la veintena; de hecho, las estadísticas muestran que es antes de los veinticinco años. Y a esa edad los jóvenes suelen estar muy ocupados apostando a las carreras o al fútbol, de modo que los que se benefician son los corredores de apuestas y no sus ahorros.

La gente prefiere echar la culpa a los maestros por no dar a los muchachos más formación del carácter y un conocimiento mejor de la vida mientras están en la escuela. Pero el maestro que lo intenta se enfrenta a

un problema: grupos numerosos, programas extensos y un tiempo limitado. En el mejor de los casos, puede darle al muchacho las ganas de aprender y la capacidad de adquirir conocimientos, y advertirle de que, cuando sale de la escuela, empieza su verdadera educación: la que se da a sí mismo.

Hace poco, en Nueva York, me preguntaron si en Gran Bretaña nuestros jóvenes bebían demasiado y si había aumentado la delincuencia como consecuencia de la guerra. Solo pude contestar que no lo había notado, aunque tampoco había tenido muchas ocasiones de comprobarlo. Quizá hubiera un poco menos de disciplina y de respeto a la autoridad de los padres que antes de la Guerra, pero eso, a mi juicio, podía atribuirse a la ausencia de los padres, los hermanos mayores y los maestros durante aquellos años; era, por tanto, algo pasajero y no gravísimo. Lo que sí urge es que la educación reúna las cualidades que resume Kipling:

Ninguna fe fácil ni mentira nos llevará a la meta, sino el sacrificio duro de la mente, la voluntad y el cuerpo.

La única disciplina que vale algo en un joven es la autodisciplina, la que nace de su propio buen juicio. El muchacho de la enseñanza secundaria saca más provecho de esta formación que su hermano de la escuela elemental, y puede enseñar con el ejemplo. Por eso tiene una gran responsabilidad, y es importante que se dé cuenta de ello.

Por esta razón, la Asociación de Boy Scouts invitó a los principales responsables de las universidades y de las escuelas de formación de maestros a reunirse en una conferencia para estudiar el asunto. Respondieron con una buena voluntad y una simpatía inesperadas.

Se les pidió que tomaran conciencia de las posibilidades que, según una autoridad como el presidente del Consejo de Educación, tiene el Movimiento Scout para hacerse cargo de la gran masa de muchachos del país y ayudarles a completar su educación cuando dejan la escuela.

El Movimiento no deja de crecer en número. Pero podría casi duplicar sus miembros si tuviéramos los hombres adecuados para dirigir a los muchachos.

8. El espíritu del lunes



«Cuando por la mañana temprano te cueste levantarte, piensa así: “Me levanto para hacer el trabajo de un hombre. ¿Y voy a estar de mal humor por ir a hacer aquello para lo que me enviaron al mundo? ¿Acaso me hicieron solo para estar calentito bajo las sábanas?”». Marco Aurelio

AL LEVANTARNOS POR LA MAÑANA, LO PRIMERO QUE PENSAMOS es: ¿qué tengo hoy? ¡La misma rutina de siempre!

«La ronda de siempre, la tarea vulgar». ¡Qué trabajo tan deprimente!
Y uno piensa: «¡Ay, voy a dormir un ratito más!».

O, por el contrario, puede que al despertar recordemos que hoy es el día de aquel trabajo que llevábamos tiempo esperando. Entonces, con una energía digna de Apio Claudio, saltamos de la cama y nos vestimos a toda prisa para lanzarnos a la aventura.

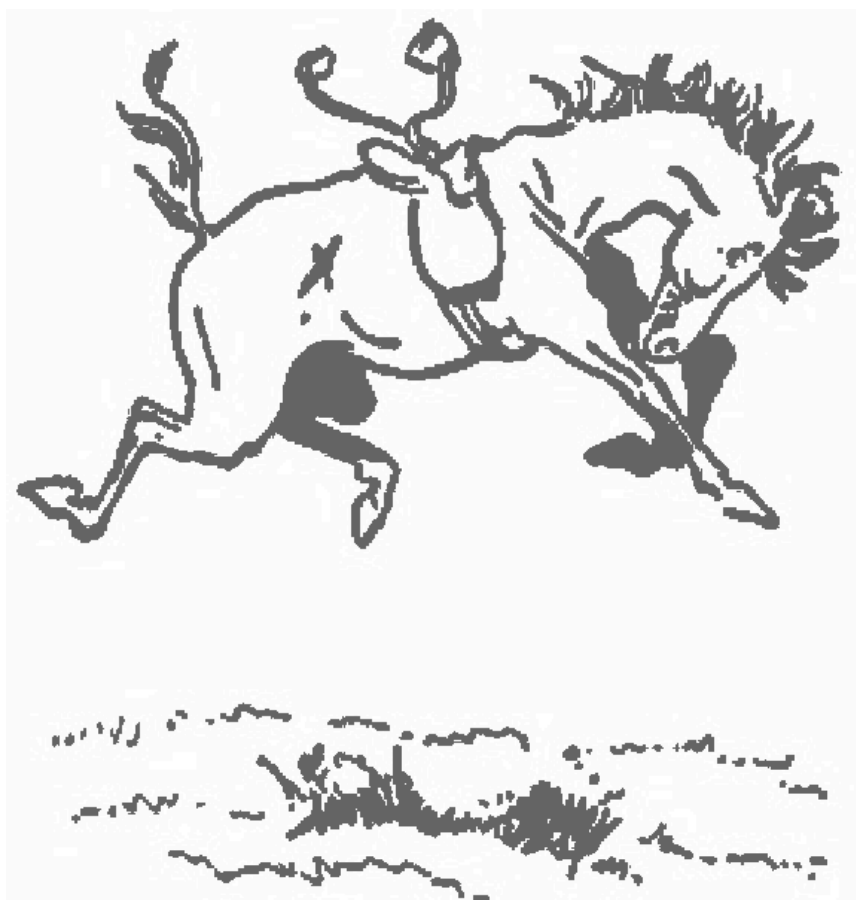
El lunes por la mañana, después de un día de descanso y de recreo lejos del ambiente de trabajo, nos devuelve a la tarea diaria, a dar vueltas a la noria hasta que el sábado siguiente viene a rescatarnos. Y así seguimos, contando los pasos.

Para algunos de nosotros, en cambio, el lunes significa empezar con entusiasmo, con fuerzas renovadas y buen ánimo, a enfrentarnos a las olas de nuestro trabajo.

«El amanecer debería significar para nosotros, como para los griegos, la renovación diaria del gozo apasionado y de la vida perfecta: el encanto de una energía nueva en cada nervio y, en la fuerza de la madrugada, una paz mayor aún que la paz de la noche». (Ruskin)

Una vez, mi hija pequeña se cayó del caballo. El animal había pasado dos días en la cuadra, sin hacer ejercicio y bien cebado de avena. Le expliqué que aquello se debía a lo que llamamos «el mal del lunes por la mañana», que le da a un caballo cuando ha descansado dos días y sale al campo rebotante de energía para volver al trabajo.

El caballo nos enseña cuál debe ser el espíritu del lunes por la mañana.



El espíritu del lunes por la mañana

El trabajo se nos hace ligero cuando lo vemos como un juego en el que jugamos en equipo, cada uno en su puesto y todos luchando por el bien del conjunto. Y cuando le cogemos el espíritu, pronto descubrimos que no es solo un juego, sino un gran juego.

¿Y qué es lo que convierte nuestro trabajo en un juego en vez de en una carga?

Precisamente esto. Si miramos el trabajo por lo que podemos sacar de él, estaremos pendientes del reloj y contaremos los pasos de nuestra noria, siempre agobiados por la sensación de ser esclavos. En cuanto adoptamos el punto de vista contrario y nos fijamos en lo que podemos dar a nuestro trabajo, este nos resulta agradable: en vez de tener que hacerlo, queremos hacerlo.

Nos ponemos a ello con alegría y con una sonrisa, y cuando emprendes un trabajo sonriendo se acabaron las dificultades. Entonces el trabajo deja de ser solo un juego y se convierte en un placer.

Al joven se le dice que, para triunfar en una carrera o en los negocios, tiene que hacerse indispensable.

Esa es la palabra, y ese es el objetivo si es listo: estar preparado para encargarse de otro puesto con poco tiempo de aviso si el que lo ocupa enferma o falla. El que se toma su carrera en serio trata de conseguir para sí todo lo que puede. Pero eso no convierte su trabajo en un placer ni en un juego. No alcanza el verdadero éxito. Sigue siendo un esclavo, aunque sea de su propia ambición.

La libertad para expresarse uno mismo es el mejor camino hacia el éxito. Mira más allá del trabajo de tu escritorio o de tu mesa y verás qué resultado tendrá para otras personas. Hazlo bien por ellas. El servicio, con su campo más amplio, trae la mayor recompensa. La satisfacción es el éxito. Como dijo el deán Inge: «No es el trabajo, ni la clase de trabajo, sino el espíritu con que se hace, lo que lo vuelve servil o libre, honroso o degradante».

El artesano se enorgullece del resultado de su trabajo, sea su oficio manual o intelectual. Hasta el empleado o la mecanógrafa más humildes

pueden, poniendo su habilidad o su originalidad en lo que parece pura rutina, destacar entre sus compañeros y dar prestigio a su empresa.

Recuerdo a un joven ingeniero que, cuando llegó la orden de su sindicato de hacer huelga de brazos caídos, dijo: «¿Cómo voy a irme y dejar a medias un trabajo como este?». Había llegado a ese punto, envidiable y al alcance de cualquiera, de estar enamorado de su trabajo.

En mi oficio, el Ejército, he conocido lo penoso que es intentar, hora tras hora y día tras día, instruir en el patio del cuartel a un escuadrón de reclutas jóvenes y torpes para convertirlos en autómatas, todos lo más parecidos posible a un mismo patrón.

Era mortalmente aburrido, una rutina ingrata, hasta el bendito día en que descubrí que aquellos zoquetes eran hombres en potencia; que si los cogía uno a uno y los estudiaba por separado, encontraba en cada uno al menos un cinco por ciento de bueno en alguna parte; que ese cinco por ciento, si se aprovechaba, servía para echar fuera lo malo; y que, en vez de convertir a cada recluta en una máquina, estaba en mi mano convertirlo en un individuo, en un hombre, en un soldado y, lo que es más, en un ciudadano para su país.

Lo aburrido de la rutina desapareció, y en su lugar quedaron la aventura y el deporte de descubrir ese cinco por ciento de bueno, de ganarse una mente humana y de llevar el carácter de cada uno a un nivel nuevo, con toda la satisfacción de un trabajo bien hecho con las propias manos, útil para el propio hombre y para su país.

Un gran juego, y que valía la pena.

Del mismo modo, tú puedes buscar y atrapar el cinco por ciento de deporte que hay en tu trabajo. Saca la rutina de tu oficina, de tu taller, de tu granja o de tu escuela, y convierte tu lugar de trabajo en tu diversión: ama tu trabajo y pon en tu oficio todo lo que puedas para los demás, en vez de intentar sacarlo todo para ti.

¿Qué es lo que le da al caballo su energía del lunes?

No es solo el descanso del domingo, sino también el pienso. Piensa que no es solo el descanso del cuerpo y de la mente que tienes el domingo lo que te devuelve el vigor para el lunes, sino el estímulo moral que has recibido con el alimento espiritual de ese día. Será tuyo si lo buscas, y te durará toda la semana: te pondrá en un plano más alto, te dará una visión más amplia y convertirá tu trabajo en un juego alegre en el que te expresas a ti mismo, en lugar de la tarea fastidiosa impuesta a un esclavo que se compadece de sí mismo.

¡Así que juega, y juega limpio! Haz tu papel, no por ti, sino por tu equipo, por tu país, por la humanidad. Entonces esperarás el lunes por la mañana no con desgana, sino con ilusión, por la nueva aventura que te trae.

9. Manda en tu mente



«El scout sonríe y silba ante las dificultades o el peligro». Ley Scout

EN ESTADOS UNIDOS ME CONTARON QUE UN INGLÉS ESTABA desayunando en una taberna del Oeste cuando se armó una pelea a la antigua usanza: salieron a relucir las pistolas, hubo sangre y pelos arrancados. Pero el turista siguió desayunando tranquilamente, mirando la pelea con interés, pero sin inmutarse.

Más tarde lo llamaron como testigo en el juicio, y el jefe de policía, al oír su versión de los hechos, lo felicitó por su claridad y le dijo que admiraba que se hubiera quedado sentado fijándose en todos los detalles.

—Bah, no tiene importancia —respondió el inglés—. Antes de venir ya había leído sobre el salvaje y violento Oeste. Supuse que esto era lo normal y que, por tanto, no tenía por qué alterarme.

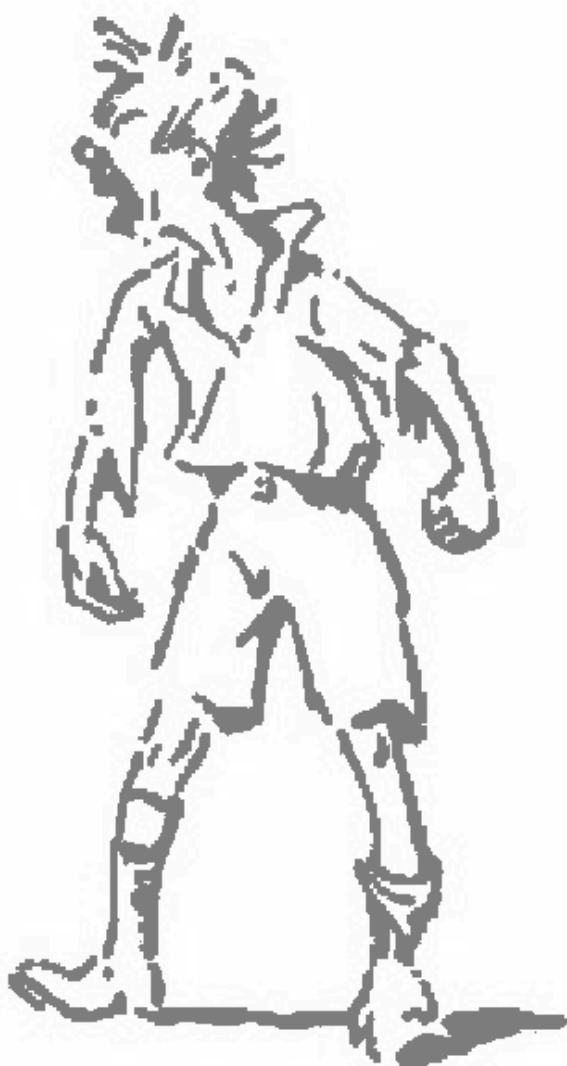
Esa es la clase de carácter que nos atribuyen a los británicos nuestros vecinos del otro lado del océano, y lo cierto es que en nuestro temperamento hay mucho de esa *sangre fría* (*N. del T.: en francés en el original, «sang-froid»*).

Últimamente se ha discutido si un muchacho aprende mucho o no en los internados privados ingleses. Bueno, hay algo que creo que sí

aprenden: a ocultar sus sentimientos y a mostrar solo una dosis moderada del entusiasmo juvenil que les bulle por dentro. La máscara que adoptan en la niñez la llevan puesta toda la vida, y eso da a los extraños la impresión de que el inglés corriente tiene una personalidad aburrida y poco simpática. Aunque esa impresión muchas veces sea falsa, a veces puede tener un valor indudable.

Mandar en la mente es cuestión de carácter, y es una ventaja importante tanto para la persona como para la nación.

Y se puede conseguir si uno se lo propone. Un joven no puede esperar triunfar en la vida si no es capaz de despejar la mente de asuntos secundarios y concentrarse en el punto concreto que tiene delante, ni si no sabe cambiar un carácter violento por la paciencia.



¡Ya no juego!

puede conseguirse cultivándolo a conciencia. Pero exige práctica, ¡y mucha! La Ley Scout dice: «El scout sonríe y silba ante las dificultades». Eso significa dominar tu mente por medios físicos, o mantener la calma en una emergencia.

Más de una vez se ha hecho en un aprieto: cuando con el rabillo del ojo notas, más que ves, que tus hombres se están poniendo, digamos, algo nerviosos. Te pones a silbar aunque tengas el corazón en un puño. Al instante notas un cambio en el ambiente, una oleada de alivio entre ellos; vuelve la confianza y todo va bien.

El control perfecto de la mente asegura la calma y el equilibrio. El mal genio hay que dominarlo, y eso también es posible por medios físicos. Conocí a un hombre que tenía un genio tan terrible que una vez lo vi a cuatro patas ¡mordiéndolo la alfombra! Pero había un remedio infalible: si le dabas un cuaderno de dibujo y una caja de pinturas, se ponía a pintar como un niño y se le olvidaba la rabia.

Cierto potentado del África occidental con el que tuve trato en otro tiempo tenía la virtud de reconocer que su costumbre de mandar que le cortaran la cabeza a un hombre, o de imponer un castigo parecido sin pensarlo, podía causarle problemas al tratar con los diplomáticos blancos. Así que se acostumbró a llevar en la boca una enorme nuez del Brasil. Tenía que sacársela para hablar, y la pausa que exigía la operación le daba tiempo para pensarse dos veces lo que iba a decir.

A mí, personalmente, el mejor remedio contra la ira me lo ha dado silbar. En una ocasión, un soldado insubordinado al que tuve que reprender en el campo me denunció ante el general porque, en vez de escuchar su defensa, me puse a silbar. El general lo entendió cuando le expliqué que silbar había librado a aquel hombre de un castigo más severo.

Dar rienda suelta al mal genio no solo molesta a los demás, sino que casi siempre perjudica a tu causa. Si en una discusión tienes razón, no

es por qué enfadarte; si no la tienes, no puedes permitirte perder los nervios. En resumen, la capacidad de cambiar de pensamiento, de apartar de la mente otras preocupaciones para mantenerla tranquila y alegre, o de concentrarte en lo que te interesa, es cuestión de control. Esa concentración no debe estrechar tus miras, sino, al contrario, ayudarte a enfocar un objetivo con una visión más clara y de mayor alcance.

Aunque el control de la mente es una cualidad de enorme valor en la vida, hasta hoy no se incluye en el plan de estudios de la escuela: es cuestión de que cada uno se eduque a sí mismo y practique.

10. Los grandes de corazón y los quisquillosos



«La buena voluntad es la voluntad de Dios»

MIRANDO HACIA ABAJO DESDE UN AVIÓN, SOBRE LA INMENSIDAD gris del océano, un piloto vio una manchita que sabía que era un barco rumbo a El Cabo con su carga de almas a bordo. Allí estaban todas, encerradas en aquel pequeño casco, expuestas a los peligros del mar.

Y aun así sabía que en ese pequeño mundo se mantenían a rajatabla las diferencias de clase y de casta. Desde el fogonero de la sala de calderas hasta el millonario del camarote de lujo, había toda una escala de grados y diferencias, con sus envidias, sus críticas y sus susceptibilidades.

Ridículo, ¿verdad? Pero ¿y si miramos hacia casa? ¿Qué pasa en nuestro barrio? En nuestro club, en nuestro colegio o en nuestra oficina parece que tenemos los mismos roces y disputas, los mismos chismes y las mismas susceptibilidades dentro de nuestro propio círculo. Podemos decir que es la naturaleza humana, pero eso no lo hace menos dañino; aunque, por otro lado, sí lo hace más fácil de remediar. Si hacemos un diagnóstico moral de los culpables, vemos que sufren de estómago orgulloso, miopía,

cabeza hinchada, lengua ácida o falta de consideración, y todo eso contribuye a una afección del corazón.

Pero no nos conformemos con analizar a los demás: empecemos más cerca, analicémonos a nosotros mismos y veamos si no necesitamos también una operación que nos libre de alguno de esos males morales. Tengamos presente que, si los extirpamos, el corazón se nos ensanchará por sí solo, y que podemos estar seguros de que dentro de nosotros hay, en alguna parte, al menos un 5 por ciento de bueno, y otro 5 por ciento en nuestro prójimo.



Aquí hay un 5 por ciento de bondad, en alguna parte

«Nunca le oí decir una palabra desagradable de nadie». Eso oímos a veces de un hombre, y nos llenamos de admiración: sabemos que es gran-

entran ganas de criticar? Y, una vez conseguido eso, ¿no podemos ir más allá? Contenerse es algo meramente negativo; ¿no podemos hacer algo positivo y, como los Boy Scouts, hacer buenas acciones aquí y allá, día tras día?

No por cumplir, sino como fruto del espíritu de amor. Sería solo un pequeño gesto, fácil para cualquiera. Pero cambiaría mucho la vida. Ser grande de corazón es como la virtud de la misericordia: bendice tanto «al que da» como «al que recibe». Sin duda, de todas las bendiciones que hay en el mundo, ninguna da más felicidad que la vida en armonía que trae consigo la buena voluntad.

Tenemos la suerte de que en nuestro carácter británico hay más bondad que en muchos otros pueblos. Una señora norteamericana que escribía sobre sus experiencias en Europa contaba que le había sorprendido el buen carácter y la bondad que había encontrado en este país. Decía que los hombres no eran tan corteses como los norteamericanos, pero que bajo la superficie eran mucho más amables y estaban dispuestos a hacer un favor de la mejor manera posible.

Por ejemplo, ella conducía por el lado contrario, porque olvidó que aquí se circula por el otro, y estuvo a punto de chocar. El conductor del otro coche, en vez de gritarle y soltarle maldiciones, se limitó a mover el índice y decirle: «¡Traviesa, traviesa!».

Uno de nuestros estadistas dijo hace poco que el comunismo nunca podrá florecer en Gran Bretaña porque se basa en el odio, y los británicos, como raza, tienen demasiado buen humor y demasiada bondad para odiar de verdad. Además de la felicidad que aporta a nuestra vida en casa, nuestro buen carácter tiene un valor para la nación.

Por eso debemos esforzarnos conscientemente para que se mantenga en la próxima generación. Podemos lograrlo educando a nuestros jóvenes con nuestro propio ejemplo, viviendo en armonía con quienes nos rod-

ean. Todo hombre que desea la consideración de sus semejantes tiene la responsabilidad, y a la vez la oportunidad, de poner su parte para hacer del mundo un lugar mejor donde vivir. Lo logramos con una vida en armonía, «con una palabra o una obra buena, y nunca una ofensa». Podemos empezar hoy mismo: cuando esa «horrible señora Smith» venga por la calle, podemos saludarla con alegría y, pasando por alto lo malo, fijarnos en el 5 por ciento bueno que tiene. Hagamos nuestra «buena acción» de cortesía, de caridad o de alegría hoy, mañana y luego todos los días, y veremos cómo nos acompaña la buena suerte.

(Nota: si al principio fallamos, ponernos una multa por cada falta es un buen correctivo, y pronto tendremos reunida una suma para destinarla a obras de caridad).

11. Enseña la belleza



Amé la belleza del alba, mares azules y cielos; odié las ciudades, pensando que eran feas, lugar donde las almas nunca alzarían el vuelo, donde la mente del poeta se ahogaría y los versos morirían en la niebla. Ahora he visto cómo el despuntar del día glorifica la plaza de Trafalgar, y las sombras de la noche sombría cruzando el cielo de Cheyne Walk. Eso me prueba que la belleza existe en las ciudades o en las aldeas que viste.

«E. R. L. B.», en el *Morning Post*

Escribo esto tumbado en un montón de hojas secas, un día de abril. El río se desliza a mis pies con su murmullo acompasado. En la orilla de enfrente, la hierba blanqueada por el invierno muestra manchas oscuras allí donde asoman las hojas de los tréboles y de las campanillas azules. La ribera está llena de grupos de dientes de león que se mecen con la brisa.

Al fondo, la colina se alza de golpe con sus árboles, robles, sauces y fresnos, que se recortan sueltos contra el fondo oscuro del matorral, y por encima de todo flota el manto gris de las nubes y la niebla.

Una mente prosaica diría: «O sea, que estás sentado a la orilla del río en un día gris». ¿Y por qué no decirlo así? ¡Pues porque no! Porque, si

uno tiene ojos para ver, siente mucho más que eso. Precisamente esa capacidad de apreciar el encanto de la naturaleza es lo que hace del pescador alguien tan admirable y, a la vez, tan simple, todo un ejemplo de paciencia: además de su deporte, descubre la belleza que lo rodea.

Es más, este relato tiene moraleja. Echemos otra mirada al paisaje, a las sombras y al fuerte contraste. La escena empieza a cambiar: donde todo era uniforme, aparecen sombras marcadas y luces que contrastan. Un gorrión canta en el matorral con un trino suave y confiado. De pronto, un martín pescador cruza el río como un relámpago azul. Es el arlequín. Un momento después, la escena se transforma. Las nubes se han ido, y la luz del sol, al caer, da nuevas formas a las sombras de colores. Derrama belleza sobre todo el paisaje. Donde había un pino, ahora hay una columna de alas emplumadas, del más fino encaje verde, que brilla contra la sombra pardo-púrpura del bosque. Y los álamos se yerguen con su blancura plateada, bañados en esta cascada de oro.

El calor del sol trae consigo el olor de las rosas y las madreselvas, que sube hasta lo alto del cielo.



Apreciación de la belleza

«Donde hubo invierno, ahora es primavera».

Así es la vida. La vida sin el aprecio de la belleza es un día gris sin sol. El sentido de la belleza cambia la visión gris que el hombre tiene de la vida: le da una perspectiva más luminosa y una alegría de vivir nueva. Si la educación pretende preparar a los niños para aprovechar y disfrutar mejor la vida, no debemos limitarnos a hacer de ellos eruditos u oficinistas: debemos incluir como materia el sentido de la belleza.

Se ha dicho que las mujeres carecen del sentido de la belleza, aunque ellas sean las más hermosas de las criaturas de la naturaleza, y les costaría un poco rebatirlo si se presentaran como prueba en su contra el miriñaque, el polisón, el moño, el pelo cortado a lo *garçon*, la cintura caída y el carmín.

Ruskin dijo una gran verdad cuando afirmó que solo la naturaleza es bella, ¡y que las formas y los pensamientos más hermosos están tomados directamente de las cosas naturales! Al mismo tiempo, la belleza también puede crearse, cuando el hombre expresa su sentido interior de la belleza y lleva a otros a apreciarlo por medio de la pintura, la escultura, la poesía, la música, la literatura y el teatro, siempre que no caiga en interpretaciones egocéntricas del arte, que son feas en vez de hermosas.

Por eso, en la educación del futuro ciudadano, el aprecio de la belleza puede introducirse y arraigar por estos medios. Pero en la formación de la mente del adolescente la práctica enseña más que la teoría, y por tanto hay que fomentar por todos los medios que exprese su sentido de la belleza y del ritmo, que van de la mano, en el dibujo, el canto, la poesía, la danza, el teatro, etcétera.

Más aún: se le pueden abrir los ojos a la belleza de su propio trabajo, para que crezcan su alegría y su orgullo al modelar una vasija o tejer una tela, al ajustar con precisión una máquina o en cualquier oficio manual, de modo que vea en su trabajo algo de arte en vez de una simple tarea.

Además, está la belleza que se desarrolla en el propio carácter. La he conocido en una mujer a la que todos admiraban, no por la belleza de su rostro ni de su figura, que no tenía, sino por la maravillosa belleza de su carácter, que derramaba amor y felicidad sobre todos los que la rodeaban, dondequiera que estuviera. Era sencillamente un ángel en la tierra, y ningún adjetivo describía mejor su carácter que la palabra «hermosa».

Al decir que la belleza debe ser una parte esencial de la educación de los niños, no quiero dar a entender que haya alguien, por pobre que sea, incapaz de apreciarla. Recuerda uno a aquel soldado raso de la Guardia de Coldstream que, al ver por primera vez el amplio panorama que se extiende a los pies del Devil's Kloof, en el Transvaal, exclamó: «¡Cielos, y luego hay tontos que dicen que no hay Dios!».

Pero, por regla general, los ojos humanos solo están medio abiertos y no reconocen la belleza que los rodea. La gloria de una puesta de sol en el puente de Westminster, el tono rosado de una vieja pared de ladrillo, los colores y las volutas del humo, el vapor y las nubes de un gran centro industrial no dan ninguna alegría a los ojos que no ven.

Una carretera recién asfaltada no sugiere belleza a primera vista, pero incluso allí podemos ver los tonos más pálidos de los bordes, como esa maravilla de la naturaleza que admiramos en el lomo brillante de una víbora negra.

Donde más se nota la falta general de aprecio por la belleza es en los alrededores sucios en los que muchos de nuestros semejantes se conforman con vivir. En cualquier barrio pobre se encuentra aquí y allá una casa limpia, con las ventanas relucientes, flores, etcétera, que demuestra que ese aprecio y su expresión existen y son posibles aun en las peores condiciones. Hay gusto, pero hay que desarrollarlo y extenderlo a gran escala.

Un día festivo (*N. del T.: un «Bank Holiday», fiesta oficial en Inglaterra*), miles de personas fueron a disfrutar de los jardines del zoológico en plena primavera. Hicieron bien. Pero ¿cómo lo agradecieron? Dejando papeles, bolsas, paquetes de cigarrillos, cajas de cerillas, periódicos y restos de comida: ¡TRECE TONELADAS DE DESPERDICIOS que hubo que retirar después!

Del mismo modo vemos patios y jardines de casitas que podrían estar arreglados y llenos de flores convertidos en vertederos feos y sucios de latas viejas, maderas y basura de todo tipo. Se cultiva la porquería en vez de la belleza y la limpieza. Tomemos nota y evitémoslo. Un ambiente feo forma un carácter feo, mientras que una mayor percepción de la belleza, y su expresión, significan una vida más luminosa y feliz para todos. Y, más que eso, eleva los pensamientos por encima de las preocupaciones diarias hacia ideales más altos, y acerca al hombre a Dios.

Como señala Ruskin, lo que impresiona de las proporciones y de los detalles artísticos de las catedrales más nobles viene de que imitan la naturaleza.

Es en el propio templo de Dios, el que no está hecho por manos humanas, donde el hombre puede ponerse más en contacto con el Todopoderoso y ver mejor la verdadera vida: en las naves de los bosques, con sus vidrieras de ramas entrelazadas a través de las cuales se ve el cielo, o en sus campanarios, que son los picos de las montañas, con su inmenso panorama.

12. Propinas



«No degrades a tus semejantes ofreciéndoles propina: la propina es una forma de soborno». Cartel en un restaurante de Moscú

UNA VEZ LEÍ CON MUCHO INTERÉS EN UN PERIÓDICO UNA SERIE de cartas de lectores que daban su opinión sobre «el mayor mal de nuestros días», y no pude evitar estar completamente de acuerdo con cada una. Pero, cuando las terminé de leer todas, pensé que no se había mencionado uno de los mayores males de hoy, si no el mayor.

Dar propina, se mire como se mire, es malo. Siempre elogio la virtud de la misericordia. Pues bien, la propina es justo lo contrario: es mala para el que la da y para el que la recibe. (*N. del A.: No hablo de los «soplos» en las carreras de caballos, sino del dinero que se da por pequeños servicios por los que el que lo recibe ya cobra de su patrón*).

Por lo general, hay un aire de secreto en esta transacción, un trato bajo cuerda del que las dos partes se avergüenzan un poco, porque ambas actúan a escondidas, a espaldas del patrón.

Pero lo peor es que dar propina mina deliberadamente la moral y el amor propio del otro. El que acepta la propina no se convierte en igual,

a y pasa de hombre a pedigüeño y parásito. Ahí es donde la propina hace daño.

Una vez fui de cacería con un árabe que se llevó a algunos de sus criados como ojeadores. Después de un día largo y duro, se reunieron y vinieron hacia mí. Yo estaba inquieto por saber cuánto sería la propina adecuada y si estaría a mi alcance.

¿Propina? ¡Nada de eso! ¡Solo querían estrecharme la mano y darme las gracias por la buena jornada de caza que habíamos pasado! Nos despedimos como camaradas y como iguales.



¿Quién debe sentirse menos?

En nuestro país las cosas son distintas. He conocido a algunos guardas de caza de esos a los que, después de una jornada de caza, puedo estrechar la mano como a un amigo. Pero en los últimos años la propina se ha vuelto-

o casi general entre esta gente. El montañés de las Tierras Altas (*N. del T.: se refiere a Escocia*), al que admirábamos por orgulloso y por tener respeto de sí mismo, y por eso mismo respetado, descendiente de los clanes libres, se está convirtiendo en general en un criado servil. Eso es lo que me duele.

¿No podría alguien imprimirnos una especie de tarjeta de propina para dársela a aquellos a quienes de otro modo daríamos dinero? Podría ser una tarjeta postal con nuestra dirección por un lado y, por el otro, una declaración como esta:

«Le estoy muy agradecido por lo que ha hecho por mí. No me gusta ofrecerle dinero, porque muchos hombres no aceptan propinas: sienten que aceptar favores rebaja su hombría. Así que, de hombre a hombre, le ofrezco mi gratitud. Pero si de verdad necesita dinero, escriba abajo su nombre y su dirección y envíeme esta tarjeta; haré lo que pueda por ayudarle».

Hebert Fane, que ha escrito sobre esto hace poco, ha mostrado que dar propina es una forma de presunción, a la que los hombres son más aficionados que las mujeres:

«Un hombre es capaz de gastarse hasta el último chelín (*N. del T.: moneda inglesa*) por guardar su dignidad; una mujer prefiere guardarse el chelín y perder la dignidad».

¿Son los hombres más derrochadores, o es que no tienen el mismo valor moral y temen que los tomen por tacaños?

Donde se acepta la falta de honradez en las cosas pequeñas, el sentido de la honradez se nubla y se abre la puerta a la corrupción en las grandes. Este peligro se ha denunciado más de una vez en los ayuntamientos, y es un peligro real. De las «gratificaciones» al soborno y la corrupción, es decir, a la «mordida» en la vida política y en el gobierno de nuestro país, no

hay más que un paso. Si eso ganara terreno, sería la ruina de nuestra nación.

No sé si las mujeres son más honradas que los hombres, pero veo que han elegido a una mujer alcaldesa de una ciudad (no en Gran Bretaña) donde, la última vez que la visité, el periódico local publicaba este titular: «Siempre es bueno saber dónde están y qué hacen nuestros cargos públicos». Y a continuación anunciaba que los dos últimos concejales del pueblo estaban ahora en la cárcel, donde «esperaban» en compañía del alcalde, del jefe de policía y del resto del Ayuntamiento, que habían «ingresado» por soborno y corrupción.

Tú y yo somos personas corrientes. Pero los ciudadanos corrientes somos los que podemos hacer mucho por nuestra patria, si queremos. Si tenemos firmeza moral, los que estamos a punto de recibir propinas o «gratificaciones» haríamos bien en pararnos a pensar si no nos rebajamos al aceptarlas. Aunque suponga un sacrificio de dinero, demos nuestra hombría de bien y, agradeciendo el ofrecimiento, rechacemos el regalo.

Antiguamente, lo más importante en la investidura de un caballero (algo que hoy se incluye también en la investidura Rover) era el espaldarazo: el golpe que el rey daba con la espada para recordar al joven caballero que tenía un punto sensible, cuyo ataque despertaría su airado resentimiento, y ese punto era su honor.

De vez en cuando hemos sabido con satisfacción de la airada respuesta de personas como los funcionarios del Servicio Civil de la India cuando alguien se les ha acercado ofreciéndoles una gratificación. No porque la cantidad fuera pequeña, sino porque aquel gesto era un insulto directo a su honor. Pooh-Bah, en cambio, tenía muy buenas tragaderas, ¡y cuanto mayor era el «insulto», más fácil le resultaba tragárselo! (*N. del T.: Pooh-Bah es un personaje de la opereta El Mikado**, de Gilbert y Sullivan, que acapara cargos y acepta sobornos*).

Los que no estamos de acuerdo con dar propinas podemos resistirnos a este chantaje, no por el bien de nuestros bolsillos, sino para mantener la hombría y la honradez entre nuestros semejantes y frenar así el avance de las «gratificaciones» y de la picaresca. Si no, mereceremos que nos pongan en el mismo saco que a esas mujeres bienintencionadas que fomentan la mendicidad dando limosna a cuanto pordiosero ven.

Más aún, podemos convencer a la nueva generación de que aceptar propinas significa renunciar a la independencia y rebajar sus principios de hombría y de honor.

Cuando somos patronos, debemos asegurarnos de que nuestros trabajadores tienen un salario suficiente para vivir y de que no los obligamos a buscar propinas en cuanto pueden. Nuestra meta debe ser que, al abolir las propinas, fomentemos un espíritu invencible de honor e integridad en todos los sectores de la sociedad y pongamos a todos los hombres en un plano de confianza, respeto e independencia mutuos, en vez de servilismo por una parte y arrogancia y condescendencia por la otra.

13. Equipos felices



¿QUÉ ES LO QUE HACE QUE UN HOMBRE CAMBIE POR COMPLETO de carácter y de manera de ver las cosas cuando lo ascienden? ¿Lo has notado en una oficina, cuando un empleado pasa a ser gerente? He oído que ocurre en la Marina cuando un teniente se convierte en capitán de barco, y lo conozco demasiado bien en el Ejército, cuando un comandante asciende a coronel. De pronto olvidan que un día fueron muchachos o que ocuparon puestos inferiores, y se ponen una armadura de impersonalidad con una visera que les impide ver el panorama completo.

Eso, al menos, pasaba en mis tiempos. Una vez di con un coronel que era la excepción: seguía siendo un subalterno joven de espíritu y un alma humana. El resultado fue siempre un regimiento de primera. Cada oficial tenía asignado un trabajo con plena responsabilidad para llevarlo a cabo, y el mérito del éxito, o la culpa del fracaso, era de todos. La disciplina y la eficacia nacían de dentro, que es la única forma verdadera. Gracias a Dios, esta manera de mandar se ha extendido hoy en el servicio, y con los mejores resultados.

El mismo principio de dirigir un equipo puede aplicarse a gran escala en los negocios, por mucho que la gente opine que el trato personal es

imposible cuando se manejan grupos grandes.

Tomad como ejemplo el canal de Panamá. Lo vi quizá en la etapa más interesante de su construcción, cuando estaba a punto de terminarse y de dejar entrar el agua. Los franceses, con Lesseps, habían abandonado la obra por imposible; los estadounidenses la llevaron a cabo, sobre todo porque se valieron de tres factores, mientras que los franceses solo habían usado uno.

El más importante, desde luego, fue la ingeniería, pero los estadounidenses emplearon otros dos sin los cuales habrían fracasado igual que los franceses: acabar con la fiebre amarilla y dar a los hombres una comida sana.

La cabeza y el centro de todo era el ingeniero jefe, el coronel Goethals. Bajo su mando pronto vi que no se trataba solo de una buena organización y de un trabajo de equipo con visión de futuro: todo dependía de su capacidad y de su personalidad.

Fuera adonde fuera en aquella colmena de trabajo intenso, los hombres se paraban un momento para sonreírle y saludarlo. Un maquinista, al pasar con su tren, se asomó de la cabina y lo saludó alegremente con una retahíla de palabras, agitando el brazo hasta que se perdió en la distancia. Pregunté qué había querido decir. El coronel me contestó:

—Ah, está convencido de que todo el éxito de la obra depende de él, y me aseguraba que no me preocupara, que haría el trabajo bien y a tiempo. Cada uno de estos muchachos cree que la obra depende de él.

Entre otras cosas, el coronel me explicó que en la obra tenía trabajadores negros, blancos y amarillos, y que, para respetar sus susceptibilidades, no los había clasificado por el color de la piel, sino por la moneda en que les pagaba: plata, billetes u oro. ¡Eso es tener tacto! Ingenuamente le pregunté qué pasaría si estallara una huelga. Me miró sorprendido y dijo:

—¡Vaya, nunca lo había pensado!

Y me di cuenta de que una huelga era algo impensable en una familia feliz como aquella.

Frank H. Cheley escribió sobre el canal: «La región es calurosa, insalubre y aislada. La tarea, sobrecogedora. Los disgustos y los obstáculos imprevistos, suficientes para hundir a cualquier compañía. Pero se puso al frente un gran jefe que comprendía el poder del entusiasmo entre los trabajadores, y se ocupó de los hombres tanto como de las máquinas. Fue una canción la que construyó el canal de Panamá: un himno entusiasta que los trabajadores cantaban con energía por todas partes y cuyo estribillo decía así:

¿Tenéis algún río que digan que no se puede cruzar? ¿Tenéis alguna montaña que no se pueda perforar? ¡Somos especialistas en lo imposible! ¿Tenéis algún trabajo que queráis que hagamos?

Un grupo de hombres empapados de ese espíritu de entusiasmo puede hacer cualquier cosa, y una sola persona también».

Así pues, aunque la organización eficaz y con visión de futuro fue la responsable de toda la maquinaria, el espíritu que la puso en marcha fue el toque personal y humano que le dio el jefe.

Y ahí se vio la diferencia entre un jefe y un comandante. Casi cualquier tonto puede mandar, es decir, hacer que la gente obedezca órdenes, si tiene detrás el poder de castigar a quien desobedezca. Otra cosa es guiar: llevar a los hombres contigo a hacer un gran trabajo.

Durante la Gran Guerra se pidió a los Jefes Scouts que recogieran la cosecha de lino para fabricar aviones. Era una tarea enorme, porque había que arrancar las plantas una por una. Ver un campo de lino ondeando al viento habría bastado para quitarle a muchos segadores las ganas de intentarlo. Pero al Jefe Scout no le pareció imposible, porque tenía detrás un equipo alegre y entregado. Sabiendo que hacían un gran trabajo por una

gran causa, los scouts se pusieron manos a la obra con alegría y salieron victoriosos.



Una tarea que solo es posible para un equipo feliz

¿No parece que el secreto para dirigir a tu equipo, sea grande o pequeño, está en conseguir que el equipo se dirija a sí mismo?

Eso se logra cuando el espíritu adecuado sale de dentro: cuando cada uno siente responsabilidad y orgullo por su trabajo, está contento porque lo tratan con justicia y tiene una visión amplia que va más allá de su mesa de trabajo, hasta lo que ese trabajo significa para el mundo.

Esto exige unas dotes especiales en quien dirige la organización, porque, además de tener cabeza para los negocios, debe tener un corazón

ano, aunque no necesariamente blando.

Una vez más, lo que vale es dar, no recibir. A cambio de lo que espera de su equipo, el jefe debe estar dispuesto a dar amabilidad, justicia, reconocimiento, interés y, cuando haga falta, sacrificio por su parte. Si quieres tener hombres leales, tienes que ser leal con ellos; si confías en ellos, tienes que ser digno de su confianza. El primer paso para que vean las cosas con tus ojos es verlas tú con los suyos.

14. Siguiendo pistas



«Las pajitas muestran hacia dónde sopla el viento»

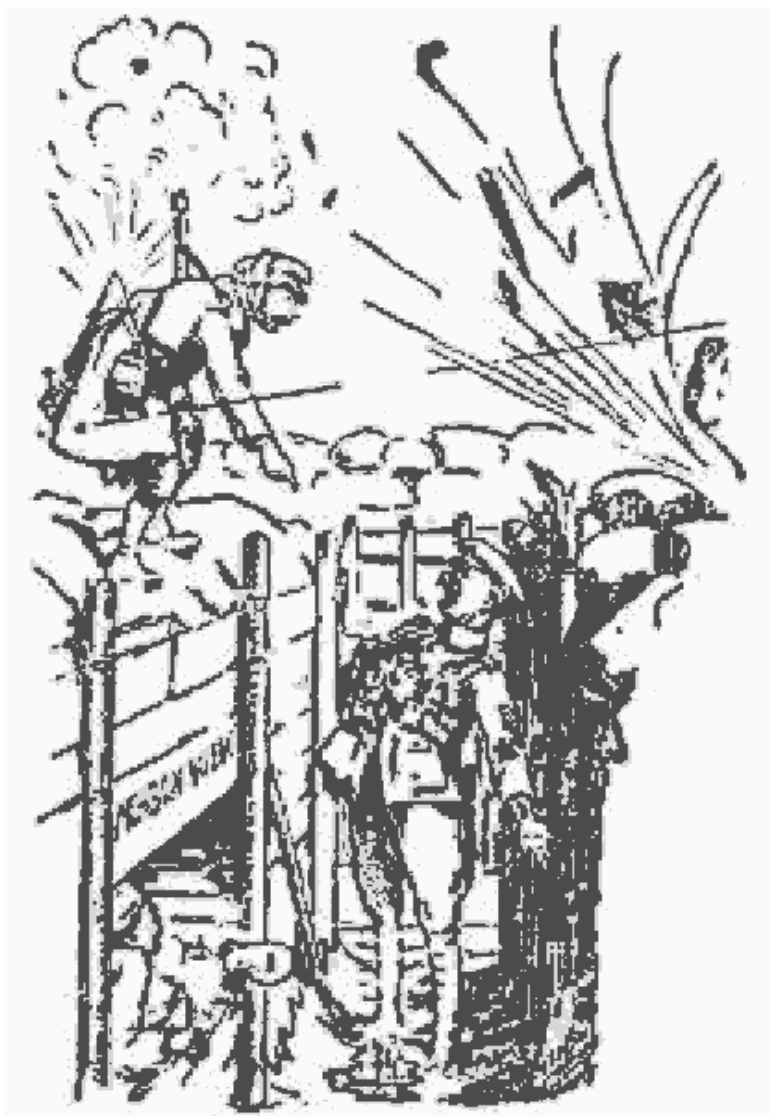
LO QUE SIGUE NO ES UNA FÁBULA: OCURRIÓ NO HACE MUCHO. Una expedición científica fue a explorar una región desconocida del centro de Australia y, tras muchas aventuras, sus miembros se encontraron en una zona desértica, a punto de morir de sed.

En el momento crítico apareció una niña nativa que, al ver el apuro en que estaban, llevó al grupo hasta un gran árbol y, muy contenta, les señaló una fila de hormigas que subía desde el suelo por el tronco hasta un pequeño agujero. Arrancó un tallo hueco, lo metió por el agujerito, y a través de él pudieron beber el agua de lluvia acumulada en el interior del tronco.

La moraleja de esta historia es que un país muy civilizado, con una educación tan buena como la mejor, puede aprender algo de los pueblos menos civilizados.

La educación de un niño aborigen australiano empieza en manos de su madre, con lecciones que lo preparan para la vida y no solo para los exámenes.

La golosina favorita de un niño aborigen es una lagartija. Igual que una madre civilizada le da una chocolatina a María porque ha hecho bien sus ejercicios de piano, la madre australiana enseña a su hijo a ganarse el premio siguiendo a la lagartija hasta su escondite detrás de una piedra. Así, desde la infancia, el nativo desarrolla una observación tan fina que es capaz de seguir hasta el rastro de una araña en la arena, y de las «señales» sabe leer un mensaje, como la niña de las hormigas sedientas.



Las cosas pequeñas tienen importancia. —¡Baja ahora mismo a la trinchera! —¡No, mi sargento, que abí abajo hay una avispa!

fondo la botánica, la geología, la fisiología y otras ciencias; pero no tenían una capacidad de observación, ni sabían aplicarla, como aquella pequeña salvaje.

Como esos sabios, también yo aprendí de un nativo una lección de observación y deducción cuando exploraba el país de los matabeles, hace muchos años.

Una mañana temprano, cabalgando por una llanura despejada, encontramos las huellas de varias mujeres que iban hacia unas colinas situadas a unas cinco millas (unos ocho kilómetros). A unas 10 yardas (unos nueve metros) del camino había una hoja. No había árboles por los alrededores, pero sabíamos que en una aldea a quince millas, en la dirección de la que venían las huellas, había árboles de esa clase.

Las «señales» indicaban que aquellas mujeres venían de esa aldea, que habían traído la hoja con ellas y que se dirigían a las colinas. La hoja estaba húmeda y olía a cerveza nativa, así que dedujimos que llevaban cántaros llenos de cerveza con la boca tapada con hojas, como es costumbre. Esta hoja se había caído y el viento la había llevado a 10 yardas del camino; pero no soplaba viento desde las cinco de la mañana, y entonces eran las siete.

Leímos así la «noticia»: durante la noche, un grupo de mujeres había llevado cerveza al enemigo desde la aldea y había llegado a las colinas hacia las seis. Lo más probable era que los hombres se hubieran puesto a beber enseguida, porque la cerveza se agria si se deja mucho tiempo, y que cuando llegáramos estuvieran adormilados por sus efectos; tendríamos así una buena oportunidad de reconocer su posición. Actuamos según esta información y tuvimos un éxito completo.

Esto no es más que un episodio de la vida diaria en campaña, y lo cuento solo para mostrar la importancia de la observación y la deducción.

He enumerado una por una las distintas cosas que nos llevaron a esas conclusiones, pero cualquier scout les daría al instante su significado exacto mientras lee estas páginas.

Con la práctica, los nativos desarrollan la capacidad de fijarse en marcas que para el principiante sin experiencia apenas tienen interés. Y aunque el nativo sabe percibir las señales que entran en el terreno de su experiencia ordinaria, el hombre blanco le supera en este aspecto, sobre todo cuando se trata de un campo nuevo, ajeno al suyo. Quizá sea natural, puesto que tiene más conocimientos generales y más capacidad de razonamiento.

Una mañana temprano, un grupo salió a cazar tigres en la jungla, guiado por un rastreador y seguido de algunos ojeadores. De pronto vieron huellas de tigre, pero el rastreador no pareció hacerles caso. Los ojeadores vieron entonces la ocasión de gastarles una broma, y el más atrevido le dijo al *shikari* (guía) que abriera bien los ojos, que todavía estaba dormido: ¡allí había huellas frescas de tigre!

El *shikari* se limitó a contestar:

—¡Tonto! ¿A qué hora salen los ratones?

Miraron con atención y vieron que las huellas del tigre estaban debajo de las de los ratones. Los ratones solo salen al caer la tarde y se esconden al llegar la noche, así que las huellas eran de la víspera y no tan frescas como parecían.

No parece bien que esta ciencia de la observación y la deducción, que es una cualidad valiosa del carácter de un hombre, no forme parte del programa escolar, salvo en las escuelas que han adoptado la formación scout.

Para empezar, diré que tiene un gran valor para el muchacho o la muchacha.

La OBSERVACIÓN desarrolla notablemente la agudeza y la eficacia de los sentidos: con la práctica continua se agudiza y se fortalece la vista, y

también el oído, el olfato y el tacto.

La DEDUCCIÓN agudiza la mente de forma aún más asombrosa, porque desarrolla el razonamiento, la imaginación, la búsqueda paciente, el sentido común y la memoria.

Es una ciencia que, además, resulta muy atractiva e interesante para los jóvenes, de modo que, una vez iniciados, se aficianan a ella y la practican por su cuenta.

El valor práctico de una educación así, que añade una nueva cualidad al carácter, es incalculable, sea cual sea el camino que se siga: el derecho o la medicina, la exploración o la investigación, los negocios, el Ejército o lo que quieras.

Es fundamental también para conocer los hechos materiales o para comprender el carácter y los sentimientos de los demás; con ella se disfruta de los muchos pequeños placeres que ofrece la naturaleza y, sin duda, se aprovechan los talentos que Dios nos ha dado.

15. La escalada como educación



«Escalar da, además de exaltación al cuerpo, exaltación al espíritu» (General Smuts)

ESCALAR ES ALGO NATURAL EN EL SER HUMANO. POR SU HERENCIA simiesca, el bebé ya puede agarrarse con las manos y con los pies.

Para los niños de más de tres años, trepar tiene un valor educativo incalculable.

Entiendo por educación preparar al niño, en salud y en carácter, para que sea un buen ciudadano. Trepar desarrolla sin duda la salud y la fuerza mejor que cualquier otro ejercicio físico, porque es algo natural y no un ejercicio artificial. Pero, además, desarrolla al mismo tiempo cualidades como la confianza en uno mismo, el valor, la prudencia, la resistencia, la ambición, la paciencia y otros rasgos de carácter que no se consiguen con el ejercicio físico.

Más aún: trepar ofrece aventuras emocionantes que llevan al joven a practicarlo por iniciativa propia, solo o acompañado. Da lugar a una afición sana que lo acompaña, poco a poco, hasta la edad adulta.

A los tres años se le puede preparar una pista de obstáculos con muebles, sillas, mesas, libros (que hacen de piedras para pisar) y cómodas con

los cajones entreabiertos, colocados en la habitación; o, mejor aún, al aire libre, con barriles, piedras, puentes de tablas, sillas de jardín, troncos caídos, zanjas, puertas, etc. La alegría con que los niños se entregan a ello, hora tras hora, y la habilidad con que atacan esos obstáculos me han abierto los ojos. Ves sus músculos tiernos doblarse y estirarse mientras trabajan, con un cálculo que se vuelve frío y certero después de unos cuantos fallos, que también enseñan.



No dejes que tu afán de escalar te lleve a montar un «caballo bronco», porque te tirará

es son limitados. Con el uso inteligente de una cuerda, trepar a los árboles puede convertirse en un deporte, y así casi cualquier árbol se presta a que un chico lo trepe. Tiene un atractivo enorme. Llegar arriba da una sensación de logro y de conquista ganada con esfuerzo, y eso aporta confianza para acometer cualquier empresa difícil.

Para los scouts, trepar a los árboles es útil porque exige ciertos conocimientos de botánica para distinguir las distintas especies según sus características para la escalada. Así, un roble ofrece un apoyo seguro para la persona o para la cuerda, mientras que el olmo tiene a veces ramas que parecen sanas y están podridas por dentro, y te dejarían caer. El haya, con su corteza lisa, no parece prometedora para quien la trepa, si no sabe que puede fiarse incluso de las ramas más finas que cuelgan hacia abajo; pero si sigues la misma táctica con el pino o el abeto, las ramas se rompen al primer intento.

Trepar en equipo, cuando tres o cuatro comparten una cuerda, le da un nuevo interés a este deporte. Y además es educativo por las cualidades morales que pone en juego: liderazgo, disciplina, buen criterio, cooperación y afán de superación.

Trepar a los árboles con cuerda lleva a escalar rocas, un deporte más difícil y peligroso; pero cuando los escaladores se han entrenado progresivamente desde la infancia, el peligro disminuye. Escalar acantilados, en cualquier punto de la costa, permite practicar un arte especial.

A algunos espíritus atrevidos les atrae trepar por los edificios. La famosa «mosca humana» que subió por la fachada de un rascacielos de Chicago empezó como el muchacho de Oundle que trepó al campanario de una iglesia, o como el chico de Eton que subió a la torre del reloj, o como mi propio secretario, que presumía de haber entrado en la mayoría de los colegios de Cambridge sin pasar por la puerta.

Pero lo mejor de todo es escalar montañas. Forja hombres de verdad, con músculo, energía y arrojo, amantes de la naturaleza, de la belleza y de la religión. Solo en unos pocos países no se puede practicar. Las montañas no tienen por qué ser escarpadas. Te diviertes tanto subiendo una montaña pequeña como una grande; hace falta la misma decisión y la misma resistencia, se siente la misma libertad y la misma camaradería con la cordada.

Puedes hacerte el mismo daño si te caes desde 200 pies (unos 60 metros) que desde 20 000. El general Bruce, jefe de una expedición al Everest, me dijo:

—No es tanto la altura de la montaña lo que cuenta como las dificultades que hay que vencer.

Su majestad el rey de los belgas empezó a escalar a los once años y todavía es un montañero entusiasta. Me contó que lo prefería a cualquier otra forma de ejercicio físico para los muchachos, porque no solo daba fuerza y salud, sino también cualidades morales de un modo singular: audacia, resistencia y confianza en uno mismo. Su santidad el papa (*N. del T.: se refiere a Pío XI*) ha sido montañero, y hace poco publicó un libro en el que describe sus experiencias y recomienda este noble deporte.

Por último, está tu alma. Parece algo extraño para encontrarlo en una montaña, ¡pero está ahí! El general Smuts, primer ministro de Sudáfrica, al inaugurar un monumento a los caídos de la guerra en la montaña de la Mesa, dijo: «La montaña no es solo algo externo y sublime: se alza ante nosotros como una escala de la vida, como una escala del alma, y, de un modo curioso, es fuente de religión. De ella vino la Ley (*N. del T.: las Tablas de la Ley entregadas a Moisés*), de ella salió el Sermón de la Montaña. Podemos decir con sinceridad que la religión más alta es la religión de la montaña. ¿Y cuál es esa religión? Cuando llegamos a la cima, dejamos

a, una gran alegría, la exaltación del cuerpo tanto como del espíritu. Sentimos un gran gozo. La religión de la montaña es, en realidad, la religión de la alegría y de la liberación del alma de todo lo que la hiere con una sensación de cansancio, de dolor o de derrota».

Cuando subas, sube tu montaña en compañía de otros; pero cuando llegues a la gloriosa cima, con su inmenso panorama, siéntate y piensa. Y mientras lo haces, déjate empapar por la inspiración de todo lo que ves. Cuando bajes al llano, te encontrarás convertido en un hombre nuevo en cuerpo y alma y, lo que es más, en espíritu: el espíritu de un horizonte inmenso.

16. Éxito



«Un bastón y una sonrisa te bastarán para superar todas las dificultades de la vida; ¡sobre todo una sonrisa!»

SÉ, Y SUPONGO QUE TÚ TAMBIÉN LO SABES, QUÉ CUALIDADES SE LE aconseja a un joven que aparente, aunque en realidad no las tenga, si quiere triunfar en la vida. Quienes han tenido éxito nos las sirven en toda clase de «recipientes» para que nos alimentemos de ellas.

Sé cumplidor. Sé puntual. Hazlo ahora. Lleva las uñas limpias. Trabaja. No dudes. Sé cortés. Ten iniciativa y úsala. Sé digno de confianza. No dependas de otros: confía en ti mismo. No frecuentes las tabernas. Di la verdad. No finjas lo que no eres. Sé sincero. Sé paciente (mi experiencia me dice que fracasan más hombres por falta de paciencia que por la bebida o la enfermedad).

La mayoría de los hábitos que he mencionado ayudan sin duda a mejorar el sueldo o la posición de una persona. Pero si lo que buscas es algo mejor que todo eso, es decir, el ÉXITO, entonces hay un hábito que, según mi experiencia, los supera a todos.

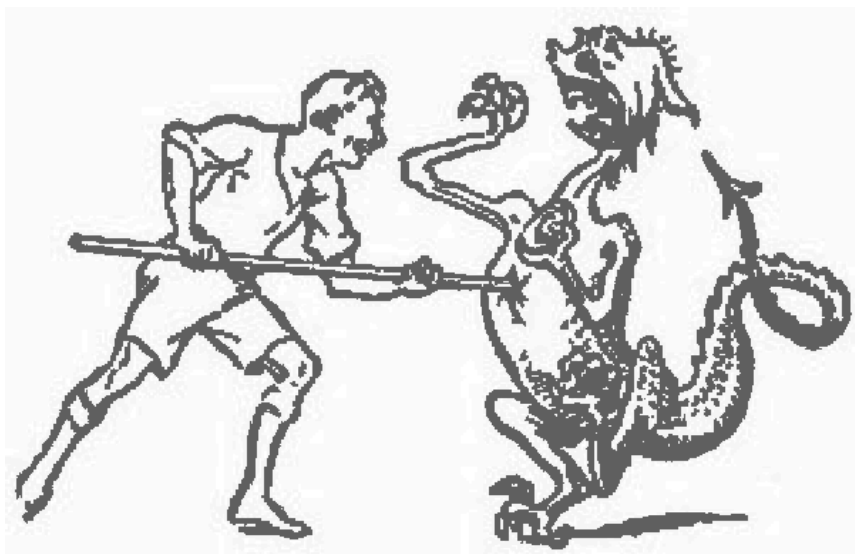
¿Qué es el éxito? ¿Llegar a lo más alto del árbol? ¿Las riquezas? ¿La posición? ¿El poder? Nada de eso. Estas y otras ideas se te ocurren de

a natural, porque con frecuencia se presentan como el éxito. Pero suelen significar aprovecharse de los demás, ganar a costa de otros.

Esa es una mala clase de triunfo, no mi ideal de éxito. Creo que estamos en este mundo de maravillas, de belleza y de interés con una inteligencia especial para apreciarlas en compañía de muchos semejantes igual de sensibles, y así disfrutar de la vida y SER FELICES. Eso es para mí el éxito: la capacidad de ser feliz.

Por felicidad no entiendo lo que suele entenderse, es decir, el placer. Para eso puedes irte a Margate a pasar el día, o a un club nocturno, pero lo único que sacarías es el bolsillo vacío y dolor de cabeza a la mañana siguiente. El placer es solo pasajero.

La felicidad es otra cosa: está contigo y llena tu vida. Descubres que el cielo no es algo vago que esperas en el firmamento, sino que está aquí, en el mundo, en tu corazón y a tu alrededor. La felicidad no viene del dinero, de la posición ni del poder. Esa es su belleza: puede tenerla cualquiera.



Plántales cara a tus dificultades: un bastón y una sonrisa las vencerán

Hace algunos años murió uno de los hombres más poderosos de nuestro país, sir Ernest Cassel, un hombre a quien todo el mundo habría señalado como un hombre «de éxito». Este es el mensaje que dejó al mundo, un texto para pararse a meditar:

«La mayoría de la gente cree demasiado en la teoría de que la riqueza es la felicidad. Quizá yo, que soy rico, pueda deciros que no es así. Las cosas que más valen no se pueden comprar. Soy un hombre solitario». Lo mismo afirma el proverbio cingalés: «El que es feliz es rico, pero el rico no siempre es feliz».

Uno de los hombres más ricos que conozco no tiene más dinero que tú o que yo: es rico porque es uno de los hombres más felices. Sir Henry Newbolt ha dicho: «La prueba del éxito está en si la vida ha sido feliz y se ha entregado con alegría».

La felicidad no llega quedándose sentado a esperarla. Se consigue haciendo las cosas adecuadas. El primer paso es tener una visión correcta de la vida; el segundo, sacar el máximo partido de lo que tienes. En la práctica, pon en juego toda la buena voluntad y la amabilidad que tengas, y ayuda a los demás todo lo que puedas. Así encontrarás la felicidad, y ella te hará sonreír.

Como otras virtudes, la felicidad tiene su insignia, y esa insignia es la sonrisa. Cuando estaba soltero, todas mis amigas casadas se empeñaban en encontrarme una esposa adecuada. Molestas por mi indiferencia ante las distintas candidatas que me presentaban, acabaron preguntándome, desanimadas, qué buscaba yo en una esposa. Les contesté que no era exigente, siempre que tuviera una bolsa bajo el ojo. No lo entendieron, pero para un fisionomista eso significa que sonrío, que tiene sentido del humor y buen carácter. Escoger esposa es casi tan difícil como escoger caballo; pero, si tienes buen ojo, en los dos casos es una buena guía.

La ira, el dolor, la ansiedad, la pena, todos los demonios que te atormentan, caen ante una sonrisa si te obligas a esbozarla. Pruébalo hoy mismo, la próxima vez que se te escape el tren o que alguien se coma tu mejor bocado. Además, te ayudará a tratar con los demás. Pruébalo con la camarera agobiada cuando le pidas la comida, o con el revisor cansado del tren. Para tu jefe, un trabajador alegre y dispuesto es una ayuda inestimable. Hace mucho tiempo comprobé por experiencia lo cierto que es que «un bastón y una sonrisa te bastarán para salir de cualquier dificultad en el mundo», y la experiencia posterior me ha aconsejado dejar el bastón en casa.

17. Agarrarse a lo propuesto



«No lo afirmo a la ligera, sino por experiencia: es un hecho que más hombres fracasan en su carrera por falta de paciencia constante que por la bebida o por cualquier otra debilidad»

ESCRIBO ESTO SENTADO JUNTO A UNA HOGUERA CUYO HUMO ME pica dulcemente en los ojos, en un rincón resguardado a la orilla del río.

Llevo las botas de pescar empapadas. Sopla del noroeste un viento helado de marzo que atraviesa los árboles y riza el agua.

Hay escarcha en el aire. Me estoy comiendo los bocadillos a las cuatro de la tarde, porque he estado demasiado ocupado pescando para comer antes.

Durante cuatro largos días he recorrido el río con mi mosca, y, a juzgar por el caso que le han hecho los salmones, parecía que no hubiera un solo pez en el agua.

Al principio me advirtieron que, con ese tiempo y con el agua tan baja, era imposible tener éxito. Aun así seguí, y hoy, en la última poza y en el último lance, casi al borde de la cascada, he sentido de repente el tirón

del salmón y la carrera del sedal, que dobla la gruesa caña y electriza todas las fibras de tu ser.

«Tenía un salmón», y luego... Pero no voy a aburrirlos con historias de pescadores. Basta con decir que una elegante figura plateada de dieciocho libras (unos ocho kilos) yacía ante mí.

Y me sentí muy contento. Cualquier pescador que lea esto lo entenderá, pero para el hombre corriente seguir así día tras día es un juego incómodo y sin esperanza. Está más cerca de lo ridículo que de lo sublime.

Pero tiene su moraleja para todos nosotros, pescadores o no. Viene a decir esto:

«Que si un hombre tiene paciencia y se mantiene firme en lo que se ha propuesto, en las buenas y en las malas, al final lo conseguirá».



Es la tenacidad lo que lo consigue

El doctor Wilkinson, que fue obispo de Saint Andrews, escribió sobre la tenacidad que significaba sumisión a la voluntad divina. Pero no hay que deducir de esto que sirva de excusa para aceptar las adversidades con

espíritu fatalista o para abandonar la lucha porque «tengo la suerte en contra».

Al contrario: debemos enfrentarnos a las dificultades con el mismo espíritu que el comandante Eloff en la guerra de los bóeres. Se había quejado al presidente Kruger de que no tenía más artillería para la campaña. El presidente le replicó:

—Si Dios quiere que ganemos la guerra, la ganaremos, con artillería o sin ella.

A lo que Eloff respondió:

—Dios le ha dado a usted un estómago para disfrutar del ganso asado, pero espera que sea usted quien lo despluma y lo ase.

En otras palabras, le dijo que Dios ayuda a quien se ayuda a sí mismo.

Una fábula cuenta que dos ranas se cayeron en un cuenco de nata. Una gritó: «¡Esto no es agua! ¡Es imposible nadar aquí!», se hundió y se ahogó. La otra intentó nadar con valor y luchó hasta que no pudo más. En el momento crítico, cuando ya se daba por vencida, se encontró sentada sobre un trozo de mantequilla. Lo imposible había sido vencido.

Lo importante es borrar de tu vocabulario la palabra «imposible», como escribe Stephen Graham:

«Lo imposible o nada», sea tu grito. ¿No odias lo posible? Yo también.

Cuando te encuentres ante el muro de las dificultades, recuerda que, aunque a primera vista parezca alto, si lo miras de cerca puede tener grietas o huecos por donde escalarlo; y aunque no se pueda escalar, hay diez posibilidades contra una de que exista una forma de rodearlo.

Si te atascas por un lado, prueba por otro. Recuerda cómo informó el general Foch, en la batalla del Marne, al general Joffre, su comandante en

jefe: «Mi derecha ha sido rechazada; mi izquierda se bate en retirada; ataco con el centro». Y ganó.

Mallory e Irvine tenían ante sí lo que parecía una tarea imposible: subir al monte Everest. Como Scott y sus valientes compañeros en la aventura, igual de difícil, de llegar al Polo Sur, emprendieron una empresa que probablemente les costaría la vida a cambio del triunfo. Dieron su vida, pero ganaron.

Lema de la Real Policía Montada del Noroeste, Canadá

En el pequeño manual rojo está escrito, llano y claro: el que viste la casaca roja dirá adiós al miedo, será guardián del derecho, un sabueso tras la pista. En el pequeño manual rojo no existe la palabra «fallé». Seguirá la pista aunque se caiga el cielo o se hielen las torres del infierno. Hasta la otra mitad del mundo. Si hace falta, con las rodillas y las manos sangrando. El deber, el deber primero. Y lo demás después, dice el manual rojo. El jinete escarlata responde: «El deber hasta la muerte», y así recorren las llanuras, hombres libres de toda la tierra.

En una lucha contra lo imposible puede que te veas obligado a retroceder un poco, pero tienes que mantener la vista al frente. Conserva la calma.

En la Gran Guerra, nuestro ejército tuvo que retroceder ante el ataque alemán desde Cambrai hacia Amiens. Parecía que todo se nos venía encima, que la derrota estaba a las puertas y que el éxito ya no era posible. Pero en el último momento lord Haig dijo: «No tenemos más camino que abrirnos paso luchando. Cada posición debe defenderse hasta el último hombre. No habrá retirada. Con la espalda contra la pared y creyendo en la justicia de nuestra causa, cada uno de nosotros debe luchar hasta el final. La seguridad de nuestros hogares y la libertad de la humanidad dependen por igual de la conducta de cada uno de nosotros en este momento-

o crítico». Y nuestros muchachos avanzaron con renovada determinación hasta expulsar por fin al enemigo.

El éxito solo se consigue venciendo obstáculos. Si sales a ganar, tienes que contar con encontrártelos, y luchar y vencer primero a tu enemigo.

Mucha gente, sobre todo los jóvenes, parece creer que el éxito se consigue solo con alargar la mano para cogerlo, y cuando se topan con un muro o una dificultad que vencer, se desilusionan o se desaniman. La tarea es mayor de lo que esperaban: no hay esperanza, es imposible.

Pero cuando se dan cuenta de que no es imposible y de que nada que valga la pena se consigue sin luchar, se enfrentan a la vida y a sus aventuras con más fe y más confianza. Y entonces el espíritu alegre resulta indispensable.

Cuanto mayor es la lucha, más se disfruta al final; sin duda, muchos hombres que han alcanzado el éxito han disfrutado más de la lucha que de la victoria.

Para tu satisfacción, recojo aquí lo que ha dicho hace poco un hombre de negocios de fama mundial: «La mayoría de los hombres que caen derrotados es porque abandonan. No es sabiduría, ni dinero, ni inteligencia, ni empuje lo que les falta, sino solo tenacidad y aguante. Esta fuerza ruda, sencilla y primitiva que llamamos «agarrarse a lo propuesto» es el rey sin corona del mundo de los negocios».

18. Vivir hasta los 120 años



*«Ningún hombre tiene una ocupación más digna de los dioses que aquel que se dedica a la educación de sus hijos y de los hijos de los demás»
(Sócrates)*

ESTA SEMANA, UN SCOUT ME PEDÍA EN UNA CARTA QUE VIVIERA hasta los 115 años. No me decía por qué se cansaría de mí precisamente a esa edad, pero le contesté que haría todo lo posible por complacerlo, aunque no quería hacer una promesa formal.

Sin embargo, es evidente que la gente puede vivir más de cien años si se lo propone.

Por ejemplo, hace unos años conocí en Shendi, en Sudán, a un anciano de ciento veinte años. Vino a verme montado en un burro que trotaba alegremente. Era un hombrecillo arrugado, algo inseguro de piernas pero muy vivo de lengua, y se notaba que disfrutaba con picardía paseándose en su burro.

Intenté que me diera alguna prueba de su edad, porque en ese país los registros de nacimiento no se llevan con precisión, si es que se llevan. Su primer intento no me convenció: me dijo que tenía veinte años cuando se

divorció de su primera esposa, que lo recordaba bien y que de eso hacía exactamente cien años.

Así que le dije que no quería entrometerme en la intimidad de sus asuntos domésticos: ¿podría decirme algún acontecimiento histórico conocido en el que hubiera participado? Nada más fácil. Antiguamente, cuando Egipto enviaba un gobernador para regir Sudán, este fue recibido en Shendi con todos los honores y se le preparó un banquete; pero los habitantes consideraron que ninguno de ellos tenía rango suficiente para sentarse a la mesa con tan augusto personaje, así que comió solo en la cabaña que le habían asignado.

Mientras comía, los soldados sudaneses, a las órdenes de mi amigo, que entonces era sargento, apilaron balas de algodón alrededor de la casa; y como él estaba al mando, les prendió fuego con su propia mano. El invitado murió quemado, como señal de que en Sudán no querían gobernadores egipcios. Busqué el episodio en un libro de historia y comprobé que había ocurrido de verdad hacía casi cien años, y que, si el protagonista era, como aseguraba, sargento por entonces, bien podía decir que tenía ciento veinte años.

En 1912, en el centenario de la retirada de Napoleón de Moscú en 1812, desfilaron nada menos que ocho veteranos que habían participado como soldados en aquella campaña. Cada uno de ellos debía de tener cerca de ciento veinte años.

Hace uno o dos años murió en Estados Unidos un hombre que tenía fama de haber cumplido ciento treinta años. ¡Sus hijos mayores tenían noventa y seis años, y el menor, siete! El caso se hizo público cuando los abuelos maternos del pequeño intentaron llevárselo; entonces el joven abuelo cogió su carabina, se subió a su mula y salió tras ellos para recuperar a su hijo. ¡Eso es tener ciento y pico años!

Te pongo estos ejemplos para mostrarte que es posible vivir hasta esa edad. El primer paso, para el hombre que quiere estar despierto a los ochenta, es decidirse a seguir trabajando tres o cuatro años más. TRABAJO... ese es el secreto para mantenerse joven. El que no trabaja y no tiene ganas de trabajar corre el riesgo de convertirse en un vegetal y marcharse pronto. El trabajo, lejos de matar al hombre, es el elixir de la vida.

Pero para hacer centenarios hacen falta muchos más ingredientes. El hombre que se toma la vida demasiado en serio pronto verá su fin. Por supuesto, nadie reconoce que le falte sentido del humor, pero la muerte prematura de muchos tiende a demostrar que les faltaba.

Un estómago sano es, naturalmente, una gran ayuda, pero también lo es sonreír y silbar cuando todo va mal. No pases la vida deseando lo que no tienes. El hombre más rico es el que menos necesita.

No frecuentes los clubes y aléjate de los de tu edad que solo hablan de sus glorias pasadas y de sus achaques presentes. Fingir que eres joven cuando las articulaciones no te sostienen no tiene sentido y solo te expone al ridículo. Lo que debes tener joven es el corazón y el espíritu. Los médicos te aconsejarán madrugar, comer sencillo, hacer ejercicio moderado y todo lo demás; pero a mí dame risa, y mucha.

Pero lo mejor de todo, y ahí es donde se te contagia la risa, es trabajar con muchachos. Así no hay forma de hacerse viejo. En el movimiento de los Boy Scouts tenemos una regla: un hombre puede ser jefe a cualquier edad entre los 18 y los 81 años, siempre que siga siendo un muchacho. Hemos tenido que ampliar el límite, porque hay algunos jóvenes que siguen despiertos y pasan de esa edad. Sí, y son de verdad activos y capaces: lord Meath, a los 80 años, hizo nuestro curso de formación viviendo en una tienda de campaña, cocinando su propia comida y trabajando al aire libre de día y de noche, con los pantalones cortos y la camisa scout.



Una vez scout, siempre scout

Así que el secreto de la juventud parece ser este: entra en los Boy Scouts o, si ya estás dentro, sigue en ellos (como profesor de manualidades, monitor de juegos, consejero, secretario, Jefe de Tropa o lo que sea). No solo te harás bien a ti mismo, sino que participarás en un trabajo tan

satisfactorio y tan vital como el mejor que pueda hacer un ser humano:
formar una nueva y mejor ciudadanía para tu país.